

DON ENRIQUE NERCASSEAU Y MORAN

(1854 - 1925)

— por Hermelo Arabena Williams —

Ensayo crítico-anecdótico sobre el primer filólogo e hispanista chileno. Seguido de una breve antología con la labor literaria del maestro.

“... yo, iluso de las letras, he vivido siempre apegado a ellas, siempre siéndoles fiel; aunque la correspondencia no ha ya sido en todos los casos como la adhesión...”

(E. NERCASSEAU Y M., primera lección del Curso de Literatura en 1888).

“Decir gracias y escribir donaires es de grandes ingenios”.

(CERVANTES, *El Quijote*, II P., cap. III).

I

Cuando el 20 de diciembre de 1854 * don Ramón Agustín Morandé, teniente cura de la Parroquia de San Lázaro, bautizaba, ponía óleo y crisma al niño Enrique Nercasseau y Morán, a la sazón de doce días, alentaba aún en esta República, para honra y ventura de ella, la vida septuagenaria de don Andrés Bello, primer sabio americano, a quien este país, sin riqueza

* Así reza la fe de bautismo que tenemos a la vista: “Parroquia de San Lázaro. Santiago de Chile. Certifico que en la página 154 del Libro 14 de Bautismos se encuentra la siguiente partida: “En esta iglesia parroquial del Sr. San Lázaro, a veinte de diciembre de mil ochocientos cincuenta y cuatro, mi teniente cura D. Ramón Agustín Morandé, bautizó, puso óleo y crisma a Enrique Segundo, de doce días, hijo legítimo de D. Enrique Nercasseau y de Da. María Mercedes Morán, feligreses de esta Parroquia. Fué padrino: D. Pascual Aguiluz de que doy fé, Manuel Antonio Valdivieso, cura rector”. Concuerda con el original citado, Santiago, a 13 de noviembre de 1925. Doy fe. Arturo Cortínez, Párroco. Derechos: \$ 5.—”.

Por consiguiente, incurren en equivocación los biógrafos Pedro P. Figueroa y Virgilio Figueroa, al darlo como nacido el 9 de diciembre de 1855. Este error lo repitió el Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano, 1912, tomo XIV, págs. 893-894 y la Enciclopedia Espasa, tomo XXXVIII, pág. 226.

suficiente para recompensar sus inapreciables servicios, le otorgara, años hacía, por ley especial del Congreso, la ciudadanía chilena.

¡Y cómo había retornado con creces aquella gracia, única en nuestros anales, el eminente caraqueño, redactor del Código Civil y de *El Araucano*!

Instigadas por su mente poderosa y al cálido estímulo de sus grandes virtudes, las nuevas generaciones de este apartado rincón del Pacífico Sur aprendieron a cultivarse, a buscar los horizontes de su destino y a escribir la lengua vernácula con precisión y castiza delicadeza.

No alcanzó Nercasseau y Morán a recibir, de viva voz, la docta enseñanza del maestro: cuando éste rendía la existencia en aras de la inmortalidad, el niño cuya semblanza bosquejamos, frisaba apenas en los once años. Mas la fuerza de la tradición, el magisterio de sus discípulos, el aire mismo que se respiraba, hallábanse nutridos, si así puede decirse, del verbo y del espíritu de Bello.

Junto al numen del insigne poeta y filólogo, batían también sus alas los recuerdos, tibios aún, de la gesta emancipadora. Así, en el número de *El Araucano* correspondiente al 30 de diciembre de 1854, o sea, cuando el infante Nercasseau y Morán tenía sólo veintidós días de edad, reproducíase una nota en que el héroe y político venezolano don Antonio L. Guzmán obsequiaba a nuestro Ministro de Relaciones con un busto de Bolívar. En esa nota se manifestaba, entre otros conceptos:

“Yo recuerdo, señor Ministro, que bajo las órdenes del *Gran Capitán*, vi flamear las banderas de todos los pueblos sudamericanos, cuando el Ejército Unido Libertador aseguraba, con victorias inmortales, i para siempre, al hemisferio de Colón su Independencia i gloria; i recuerdo con emoción profunda, que partían con él los peligros i los laureles de aquella época eminente, muchos de los bravos vencedores de Carabobo, Boyacá i Bonaboná. Yo espero que mi recuerdo, este débil tributo a la gloria Americana, sea benévolamente acogido por el ilustre Presidente de Chile”.

Ese primer mandatario era el amigo, el Mecenaz, el admirador de Bello, el mismo jurista que colaboraba con él en la

revisión del Código Civil: el Excmo. señor don Manuel Montt, apóstol de la enseñanza pública, creador de más de cien escuelas, alma de las primitivas corrientes inmigratorias que sorprenderían los vírgenes bosques del sur junto con las vibraciones de los primeros mensajes telegráficos, columna, en fin, del orden constitucional del país.

Digno es de recordarse que el 4 de julio de 1851 corría por vez primera el ferrocarril de Caldera a Copiapó, dos décadas después del de Manchester, que había sido la primicia del mundo.

Cuatro años más tarde, terciando la banda presidencial el ilustre hijo de Petorca, promulgábase nuestro Código Civil, el monumento jurídico más antiguo de la América Latina.

II

Huérfano de padre cuando daba los primeros pasos en las letras y en la vida, fué la joven madre de Nercasseau y Morán, doña Mercedes Morán Ramírez, quien reemplazó, con tierna solicitud, al inquieto marido sueco. Este había heredado de su progenitor, el capitán Enrique Nercasseau Botot —que del Mediodía de Francia se había trasladado en 1818 a Suecia con las huestes del Mariscal Bernadotte—, un espíritu soñador y aventurero. Tentado por el oro de California, el hijo del militar francés se había dirigido desde allí a Chile, en donde moriría sin lograr los favores de la fortuna, escondida en los esquivos yacimientos de Chañaral.

Luego que el pequeño estuvo en condiciones de ensanchar los rudimentos aprendidos de labios maternos, doña Mercedes, haciendo grandes sacrificios, logró inscribirlo como alumno interno en uno de los mejores colegios de Santiago.

Hora es ya de que cedamos la palabra al protagonista de estas páginas, don Enrique Nercasseau y Morán, para que nos refiera sus primeras emociones de adolescente. En lenguaje de emotiva sencillez, con ribetes de suave humorismo, evocaría más tarde su ingreso a las aulas en estas líneas que por su candorosa belleza nos recuerdan a Renán y a De Amicis:

“Llegué al Colegio de los Padres Franceses con el temor a lo desconocido, y con el ahogo de quien se desprende del nido tibio de los primeros días de la vida.

“Al dar frente a la esquina de la Alameda y al llamado Callejón de Padura, descendimos del modesto tranvía, único entonces en Santiago, que hacía la carrera desde la Iglesia de San Diego, hoy Biblioteca del Instituto Nacional, hasta la Estación de los Ferrocarriles.

“El Colegio tenía hacia la Alameda, y en la mayor parte de su extensión, una reja de fierro de color verde y una puerta del mismo material, en cuya coronación semicircular, y en cifras blancas, se leía la fecha de la fundación del establecimiento: año de 1849.

“Franqueada la entrada, uno se hallaba en un ancho patio empedrado, con angostas aceras de ladrillos rojos en los costados, y un esbelto pino de Holanda en el medio, resguardado su tronco por una rejilla, a cuyo pie mostraban sus vivos colores las trinitarias y las verbenas.

“A la derecha del edificio, que era todo de un solo piso, estaban los salones de recibo para el público; a la izquierda, en primer término, la portería; en seguida el despacho del Reverendo Padre Superior, y después, el escritorio del Padre Aniceto, que era el Procurador del Colegio; al frente, en el extremo izquierdo, el zaguán que comunicaba al interior del establecimiento, y la capilla, que seguía hacia la derecha en toda su extensión.

“Salió a recibirnos el portero, el hermano Miguel, conocido dentro y fuera de su casa con el nombre de *Musiú Tachuela*. Santiago era en aquel tiempo mucho más de confianza que ahora, y el hermano de mi referencia era persona conocida en toda la ciudad.

“A mis ojos de pequeñuelo azorado, apareció el portero como una visión extraña: sumamente bajo de estatura, de andar acompasado y lento, con una cara rubicunda, ojos encarnizados cubiertos con gruesos anteojos verdes, y una gorra muy ancha y achatada sobre la frente, semejaba otra persona de las que se usan.

“Luego apareció el Superior, el Padre Marino. De imponente figura, de mirar benévolo y expresivo, de hablar reposado y claro, cautivaba a cuantos le oían: era bondadosísimo, pero firme en cuanto al cumplimiento de las obligaciones establecidas.

“Momentos después, llevándome de la mano, atravesábamos el pasadizo a que se abrían las amplias puertas de la capilla, cruzábamos el segundo patio, en cuyo centro, y bajo de una torrecilla, pintada de amarillo obscuro, estaba el pozo que surtía de agua potable al establecimiento, y luego bajamos unas gradas de piedra, y entramos al espacioso y entonces único patio del Colegio.

“Dividía a éste en dos secciones laterales un alto emparado de columnas de madera y armadura de fierro arriba, que en esos días se hallaba cubierto de dorados racimos. A la derecha estaba la división de *los grandes*; a la izquierda, las dos terceras partes del patio las ocupaba la división de *los medianos*; y hacia el fondo, con separación de un cerco de alambres, la otra tercera parte del patio estaba reservada a los *chicos*, que se conocían con el nombre convencional de *los penecas* o *la peneca*. El personal de alumnos era de unos ciento cincuenta.

“El Superior, con la voz insinuante y dulce de un verdadero padre, me anuncia que va a confiarme al cuidado de un niño que me guiará en los primeros pasos de mi vida de colegial.

“—Joaquín, llama, y me entrega a un niño de más o menos mi misma edad; pero más robusto, sonrosado, de ojos vivos, y de maneras francas y sencillas.

“No podía haber encontrado mejor compañero mío... y lo fué hasta el último momento de su corta, pero fecunda existencia: era de un equilibrio perfecto de facultades: tenía tanto talento como corazón, tanta bondad de alma como llaneza de carácter, tanta modestia en sus maneras y lenguaje, como grandeza de espíritu y facilidad de comprensión y asimilación. Se le admiraba y se le quería: se llamaba Joaquín Monge Vergara” * (*Recuerdos de Otra Edad*).

* Véase la muy sentida necrología que le dedicó Nercasseau y Morán en “La Libertad Electoral”, Santiago, 19 de octubre de 1892.

En este Colegio, que entonces rivalizaba con el Instituto Nacional, dió muestras el niño Nercasseau y Morán de su extraordinaria inteligencia y de aquella portentosa memoria que sería más tarde solaz y tormento para sus innúmeras legiones de alumnas y alumnos.

Allí lee en su lengua originaria a los clásicos latinos, familiarízase con los maestros de la literatura peninsular y se pasea con señorío por la poesía de los siglos áureos, al punto de saberse casi por entero el *Tesoro del Parnaso Español*, de Quintana, que solía repetir de coro ante sus admirados condiscípulos.

La jornada escolar es fatigosa y, a la vez, dulce por las finales recompensas. Niño apenas de siete años, emprende al término de ella su primer viaje de vacaciones, allá por 1861, al amanecer de un hermoso día de enero, en compañía de su madre y hermanas. Con alborozado corazón palpitante sube a la tarda carreta de toldo de cuero, tras los ensanchados horizontes de "El Perejil", pintoresco lugarejo al noroeste de Santiago, singularísimo así por la configuración de sus tierras como por su feracidad.

Quince años después, Nercasseau y Morán evocaría con suave colorido, en sus *Recuerdos de Otra Edad* *, aquellos felices esparcimientos de aguilucho, y trazaría, con mano tierna y delicada, el retrato de Ña Brígida Díaz, la viejecita que le abriría el maravilloso mundo de las consejas y del folklore.

Mas, no fué ésta la sola conquista de sus inquietudes infantiles: pronto habría de aparecer, semiescondida en la fragancia de los henares, en aquel mismo rústico escenario, su compañera Lidia, el primer amor de su niñez, en cuya compañía lee ávidamente *Las tarde de la Granja*. Y no podemos silenciar aquí lo que el mismo biografiado parece confesar, cuando quiso decir que, recorriendo las tentadoras láminas de ese libro, confundíanse azoradas las pupilas y las manos de ambos adolescentes.

Aquel idilio, tan puro y tan inocente, tuvo, sin pretenderlo y sin necesitarlo, su óleo purificador: una noche en que Lidia y Enrique fueron a oír la Misa del Gallo a la vieja Capilla de la Punta, asistidos de un séquito de parientes y del

* *La Estrella de Chile*, págs. 254 a 258.

sutil aroma de los alfilerillos, que darían aún más encantadora pureza a sus juramentos de amor.

Con la alegre fugacidad de cada verano transcurren también sus años de aprendizaje. En el curso de que forma parte, designado la Edad de Oro del Colegio de los Padres Franceses, surgen émulos de la talla de Francisco A. Concha Castillo, más tarde laureado poeta y compañero suyo en la Academia Chilena de la Lengua; de Antonio Espiñeira, el aplaudido dramaturgo, autor de *Lo que no tiene sanción*, *Cervantes en Argel* y otras divulgadas producciones teatrales; de Pedro N. Cruz, crítico literario de vasta erudición y temible dialéctica, que desdeñoso de versiones extrañas, gustaría leer las grandes obras extranjeras en sus prístinas fuentes; de jurisconsultos y hombres públicos como José Ramón Gutiérrez, integérrimos magistrados como Rafael Garmendia Reyes y amigos de amena cultura como el ya recordado Joaquín Monge Vergara, que enviaría celebradas correspondencias a los diarios españoles en plena revolución de 1891.

III

Lindaba Nercasseau en los diecisiete abrilés y no se recibía aún de bachiller en humanidades, cuando era ya, a mediados de 1872, profesor de Latín en el mismo colegio que había cobijado sus primeras emociones y juegos de niño.

Con los tempranos honores del magisterio recibía también su bautismo de escritor: se le invitaba poco después a participar en las tareas del "Círculo de Colaboradores de La Estrella de Chile". Este cenáculo se reunía semanalmente en la mansión de una noble y talentosa dama: doña Luz Covarrubias de Larraín, cuyo hijo Raimundo Larraín Covarrubias era cultor de las letras y, como su madre, protector de las bellas artes.

En las columnas de *La Estrella de Chile*, que se publicaría semanalmente por espacio de doce años, desde el 6 de octubre de 1867 hasta el 4 de julio de 1879, luciría la clásica y erudita prosa de don Crescente Errázuriz, más tarde agudo historiador de Pedro de Valdivia, Francisco de Villagra y Don García Hurtado de Mendoza; la deslumbrante pluma de Juan Agustín Barriga, que poco después pronunciaría una memorable oración acerca de *La Lengua Castellana como instrumento del arte literario*;

la diáfana exposición y el vivaz colorido de Ramón Sotomayor Valdés, apologista sereno y elocuente de la administración Prieto; los severos artículos doctrinarios de Rafael B. Gumucio Larraín, redactor de *El Independiente* y *El Porvenir*, y los estudios gramaticales del joven estilista Enrique Nercasseau y Morán.

Junto a estos nombres, honraria también las páginas de aquel semanario la trilogía crítica de Zorobabel Rodríguez, Pedro N. Cruz y Rómulo Mandiola, verdadera fortaleza blindada en defensa del buen decir y de los rectos cánones estéticos; la chispeante sal francesa de Rafael Egaña, ya satírica, ya sentimental, de forma siempre irreprochable; y Rafael Errázuriz Urmeneta, incorregible viajero y arqueólogo, que escribiría sobre Roma y sus tesoros artísticos mejor que los mismos romanos. En las columnas de esta revista daría, en fin, vuelo a sus primeras emociones un futuro sacerdote que, luego de arengar en la lengua del Dante a los fieles reunidos en la Plaza de San Pedro, sería asediado por los peregrinos de Lourdes, que le arrancarían trozos de su ropa talar, subyugados ante el poder de un solo sermón suyo, dicho en correcto francés: Monseñor Ramón Angel Jara.

El movimiento intelectual promovido por *La Estrella de Chile*, engendró de preferencia filólogos, historiadores, críticos, oradores y diaristas. Todos ellos, inspirados en las tradiciones del más puro clasicismo, singularizáronse por la corrección del estilo y la pureza del lenguaje; pero muy pocos descollarían en el campo de la verdadera creación estética. Descontados los ensayos novelísticos de Enrique del Solar: *Las hadas de Andalién*, *Dos hermanos*, *Una aventura de Ercilla* y sus dos series de *Legendas* y *Tradiciones*, y *La cueva del loco Eustaquio*, del lexicólogo y polemista Zorobabel Rodríguez, como asimismo la discreta entonación lírica de Francisco A. Concha Castillo y de Rafael Egaña, cuyas valiosas producciones en prosa y verso hasta ahora no han sido recopiladas, aquella generación del 67 podría caracterizarse reproduciendo estas expresiones en que el más talentoso de sus exégetas discurría acerca del arte inventivo por excelencia:

“Más que la originalidad y la belleza de la ficción, lo que en ella nos seduce y enamora es la sutileza del análisis, las condiciones literarias de la pintura y los primorosos refinamientos

del estilo, en una palabra, las cualidades críticas de la composición". (Juan Agustín Barriga, *La crítica y los críticos*, "Revista de Artes y Letras", N^o 74, año 1887).

Frente a este grupo de escritores, tan tradicionalistas en literatura como en ideas políticas y sociales —que hacía gala de venerar los principios derribados por el célebre movimiento de 1842—, esgrimían su peñola desde adversa trinchera ideológica, espíritus eminentemente liberales como el genial y amenísimo Benjamín Vicuña Mackenna, cuya firma honraría las páginas de *El Nuevo Ferrocarril* (1879-1881) y la *Revista Chilena* (1875-1880), autor de una *Historia de Santiago* (1868), considerada como su obra maestra, y de innumerables volúmenes en que, al decir de un comentarista, el poder sugerente de la evocación de nuestro pasado llega al límite de lo asombroso.

La *Revista Chilena*, fundada por Diego Barros Arana y Miguel Luis Amunátegui, vióse además prestigiada con notables producciones de Guillermo Matta, Eduardo de la Barra, Adolfo Valderrama y Augusto Orrego Luco, que poco antes había editado la *Revista de Santiago*, en colaboración con Fanor Velasco.

Pero no sólo estudios de índole gramatical fueron los predilectos de Nercasseau y Morán en las columnas de *La Estrella de Chile*. Las primicias de este ingenio, que entonces no rebasaba de los dieciocho años, las constituyó un manojito de versos de corte clásico en que la castiza dicción y el sentido de la sobriedad y la medida denotan al orador académico de sus días maduros. Así, este romance intitulado *La Soledad*, que lleva la data del 20 de julio de 1873, y que puede estimarse como una feliz paráfrasis de la *Epoda* segunda de Horacio:

*Vámonos, Lidia, huyendo
del mundanal bullicio:
busquemos el silencio
y ansiemos el olvido.*

*¿Qué a nosotros el fausto
de que se engríe el rico?
¿Qué los banquetes regios?
¿Qué el espumoso vino?*

*Démos su fresca sombra
el alegre arbolillo,
y sus murmullos dulces
el apacible río;*

*démos sus luces Febo
y la luna su brillo;
démos su brisa el campo
y el viento sus gemidos;*

*y nada más ansiemos:
un corazón tranquilo,
una conciencia limpia
y un provechoso libro.*

*Venga de cuando en cuando
algún sincero amigo
y un manjar deseado,
también venga el domingo.*

*Y así pasar miremos
las flores del estío,
las tristezas de otoño
y el cruel invierno frígido.*

*Así alegres veremos
manso correr el río
de los fugaces años
al soplo del olvido.*

También fué motivo de su templada inspiración la naturaleza chilena, como nos lo revela este otro *Romance*, en que anuda las armonías del campo a las tibias añoranzas hogareñas:

*Allá entre verdes colinas,
a orillas de un riachuelo,
se alza Renca, la galana,
rica para mí en recuerdos.*

*Allá miré deslizarse
de mi infancia el corto tiempo,
en los brazos de mi madre,
al arrullo de sus besos.*

*Cada árbol, cada peñasco
de sus pintorescos cerros,
están llenos para mí
de encantos y de recuerdos.*

*Cuando, a su sombra, tranquilo,
me divertía leyendo
las lecciones que mi madre
me daba en libros de cuentos;*

*O sentado en un peñasco,
dominando todo el pueblo,
contemplaba al Creador
en sus sublimes efectos.*

*Oh! qué días tan hermosos!
¿Por qué para siempre huyeron?
¿Por qué dejaron en mi alma
un lugar triste y desierto?*

*Si te acuerdas, madre mía,
de ese venturoso tiempo,
tú como yo gemirás,
porque vives de recuerdos.*

*Y ¿qué es el recuerdo? Sombra
que se disipa al momento;
relámpago que ilumina
por un instante los cielos.*

*¡Ay de aquellos que recorren
de su destino el sendero
con una nube en la frente,
con un pesar en el pecho!*

Desvaneciéronse casi al nacer las notas del joven poeta de dieciocho años: autocrítico certero, comprendió que su camino se encontraba en el culto de las disciplinas filológicas y, singularmente, en las severas ciencias gramaticales y en los sutiles atisbos de la lexicografía. Dió a luz, entonces, en *La Estrella de Chile*, una serie novedosa de *Observaciones sueltas sobre algunos puntos de lenguaje castellano*, en que fustiga con juvenil vehemencia los escritos de don Diego Barros Arana, y cinco notables estudios acerca de las notas insertas en la *Nueva Edición de la Gramática de la Lengua* por el erudito bogotano don Rufino José Cuervo. En ellos elogia con respetuosa admiración al insigne acotador, a la vez que le formula algunos serios reparos, entre éstos en lo concerniente a los derivados verbales, una de las varias materias en que el sabio colombiano se aparta de las doctrinas sustentadas por Bello.

Infatigable defensor de la pureza del idioma, Nercasseau y Morán toma a su cargo, al propio tiempo, en las columnas de *El Independiente*, una sección en que, bajo el sencillo mote de *Palabras y Frases*, censura con acopio de razones no exentas de graciosa amenidad, los vicios contra el lenguaje, acumulando citas de sus dilatadas lecturas e imprimiendo un sello de originalidad a sus apuntes, que buscan aspectos y modismos no tratados por Baralt, Cuervo, Calcaño, Rodríguez y demás autores especializados en este linaje de estudios.

Para inferir la importancia de ellos, basta recordar este epígrafe, selecta flor de sus lecturas, con que el sagaz lexicólogo los encabezaba, aparecido en *El Independiente* el 25 de marzo de 1877: *Una cosa es hablar comúnmente, como el vulgo, sin reparar en nada. Otra es como discreto y reportado.* (Doctor Bernardo Alderete, *Del origen y principio de la lengua castellana*).

IV

Pertúrbase durante cuatro años la vida nacional con los estampidos de la guerra contra el Perú y Bolivia. Desvanecidos los fulgores de aquel magnífico movimiento intelectual despertado por *La Estrella de Chile*, toca al sesudo gramático y escritor firmar *La última palabra*, a nombre del directorio, en el poster número de aquella revista, trónchada en lo mejor de

su existencia por tan graves acontecimientos. Aunque las fibras del patriota laten en su corazón de chileno y está decidido a empuñar las armas en defensa del suelo que le vió nacer, comprende Nercasseau y Morán que también es cruzado de las letras y, calmadas sus ansiedades, las circunstancias lo obligan a seguir desempeñando las funciones de profesor. Ellas no le impiden servir, con celo y abnegación ejemplares, el cargo de secretario de la Sociedad Protectora de Santiago, destinada a socorrer a las familias de los soldados que combaten en las tierras del Rimac.

Mientras tanto, erguido en su corcel legendario, el general Baquedano cruza, vencedor de la fiebre y de la muerte, los cálidos arenales del desierto y avanza con avasalladores ímpetus hacia Arica. Desde allí zarpa en dirección al norte (14 de diciembre de 1880), con el grueso de las fuerzas chilenas, para desembarcar en Chilca. Veinticuatro días después, abiertas las brechas de Chorillos y Miraflores, entraba invicto a la Ciudad de los Reyes.

“Al calor y al riego de la paz” * vuelven a florecer en esta República las nobles manifestaciones del espíritu, y los esforzados mocetones que ayer sostenían el fusil, encienden ahora las guías de los fulminantes en las pródigas canchas salitreras. Y haciendo cumplido honor a las tradiciones intelectuales de Bello y de Lastarria, un joven literato de treinta años, célebre ya como orador parlamentario, funda la *Revista de Artes y Letras*, que por más de un lustro (1884-1890) será el hogar de las plumas ejercitadas anteriormente en *La Estrella de Chile*. Este joven literato era Juan Agustín Barriga, miembro correspondiente de la Real Academia poco después (1895).

Entre los nuevos colaboradores de la *Revista de Artes y Letras* descollarían Benjamín Vicuña Mackenna, Gabriel René Moreno, Guillermo Blest Gana, Enrique del Solar, Juan R. Salas, Ramón Subercaseaux, Alejandro Silva de la Fuente, Carlos Toribio Robinet, Pedro Balmaceda Toro y Rubén Darío. Llegado por esos días a Chile y haciendo gala de exótico pantalón a cuadros y chaqueta café, parecía anunciar ante las sorprendidas miradas de los “pelucones” santiaguinos la revolución que iniciaría

* Expresiones de Nercasseau en *La última palabra del Directorio de La Estrella de Chile*, año XII, Nº 599, del 4 de julio de 1879.

en las letras castellanas con las páginas de *Azul*, impresas más tarde en Valparaíso en 1888, año en que nacía un astro y eclipsábase otro: la gran figura de Lastarria, su amigo y benefactor.

En los primeros números de esta publicación aparece un substancioso trabajo de Nercasseau y Morán acerca de la *Necesidad de la adopción de la Ortografía de la Academia Española* (págs. 610-623). Y no menos incita la curiosidad del lector el *Estudio de un capítulo de Don Quijote* (págs. 333-341), en que el agudo cervantista cuenta con erudita soltura, al modo de un Clemencín más realista y comprensivo, “aquel último punto y extremo adonde llegó y pudo llegar el inaudito ánimo de Don Quijote, con la felicemente acabada aventura de los leones” (cap. XVII, 2ª parte).

Otro artículo que ostenta la firma de Nercasseau y Morán, perteneciente ya a la Asociación de Escritores y Artistas de Madrid, versa acerca *De la Ortografía de los Apellidos*. En este agudo ensayo multiplica el autor probanzas de clásicos y modernos para demostrar que “los apellidos son lisa y llanamente adjetivos como cualesquiera otros”, y que, por consiguiente, les “son aplicables las mismas reglas de Ortología y Ortografía que a los adjetivos cualesquiera”. Es de notar a este propósito que el intencionado y chispeante Jacobo Edén —uno de los seudónimos con que embozaba su ingenio Rafael Egaña— impugnó más bien a fuerza de gracejo que de erudición, en las mismas columnas de la *Revista de Artes y Letras*, el artículo del distinguido gramático, en la parte que consideraba conveniente se ligaran por medio de la conjunción y los apellidos paterno y materno, uso que estimaba el contradictor afectado y ampuloso . . .

La respuesta del diáfano autor del *Tratado Elemental de Gramática Castellana, según las doctrinas de don Andrés Bello*, *, fué de objetiva elocuencia: enmudecer . . . para seguir firmandose hasta el fin de sus días, con esa su letra redonda, de vigorosos y nítidos rasgos: *Enrique Nercasseau y Morán*.

* Este *Curso Elemental de Gramática Castellana* fué aprobado el 16 de julio de 1883 en sus tres libros: Inferior, Medio y Superior, por una comisión compuesta por los señores Miguel Luis Amunátegui y Francisco de Borja Solar. La 14ª edición apareció en 1928. Fué escrito por Nercasseau y M., en colaboración con el Padre Tomás Robledo. Disentimos, pues, de lo aseverado por don Miguel L. Amunátegui Reyes (*La Academia Chilena en el Cincuentenario*

Atrayentes colaboraciones suyas en la *Revista de Artes y Letras* son, además de las ya recordadas: *Cómo ha de escribirse una carta* (págs. 129-139), originalísimo estudio en que con citas que van desde Cervantes y Bello hasta Camprodón y Núñez de Arce, enseña el difícil arte de redactar una misiva al clásico estilo; y un hermoso retrato de Lastarria (págs. 61-72), en que así enjuicia la obra del eminente político y publicista: "El engaño en que vivió fué el de que trabajaba para hoy, cuando no podía ser otra cosa que obrero del porvenir. Los hombres de su talla, cuando nacen en pueblos jóvenes como el nuestro, y no dispuestos aún para la vida autónoma y para la vida literaria, no hacen más que sembrar, porque muy raras veces o nunca lograrán ver el fruto de sus enseñanzas. A la manera de Moisés, morirán en la cumbre del Nebo, lejos de la tierra prometida, y apenas sí divisándola".

Tan intensa labor intelectual, apenas alcanzada la alegre colina de los treinta años, tendrá muy pronto un codiciado galardón sentimental: en 1887 el ya notable filólogo une su destino al de una agraciada joven de ojos claros y suave perfil, cabellera castaña y garbosa estampa. Esta joven llamábase Adela Prieto Díaz de Valdés. Era hija del General Nicolás José Prieto, fallecido hacía algunos años, héroe en las acciones de Buin y de Yungay, y de doña Adela Díaz de Valdés Carrera, nieta de doña Javiera Carrera, la viril consejera y no menos infortunada hermana de los mártires de Mendoza. La boda celebróse en Talca, por entonces domicilio de la madre de la novia, y en donde ocupaba el cargo de intendente de la provincia su hermano Víctor Prieto Díaz de Valdés.

Al grato calor del hogar, los esposos Nercasseau-Prieto, establecidos en Santiago, reúnen todos los domingos a sus amistades, en íntima tertulia literaria, a la hora de almuerzo. Allí coméntanse las campañas periodísticas de *El Estandarte Católico* (1874-1891), *Los Debates* (1884-1887), *El Independiente* (1864-1891)

de su Fundación, Stgo., 1937, págs. 91 y 92) y por don Roberto Peragallo (*Grandeza futura de la Lengua Castellana*), discurso de incorporación a la Academia Chilena (30 de septiembre de 1929), quienes niegan a Nercasseau y M. la paternidad de esta Gramática, contra lo sostenido por don M. A. Román, su hijo Carlos Nercasseau Prieto y la tradición uniforme que al respecto existe en el Colegio de los Padres Franceses.

y *La Libertad Electoral* (1886-1901), en cuyas columnas colabora sucesivamente don Enrique.

No obstante las cátedras de Latín y Gramática Castellana que profesa en el Colegio de los Sagrados Corazones, el inquieto erudito roba horas al reposo para profundizar sus estudios de la ciencia del lenguaje y para devorar libros y más libros, en particular los maestros del Siglo de Oro.

Adiestrado en tan complejas disciplinas, el 28 de mayo de 1888 formalizaba ante las autoridades universitarias la siguiente solicitud:

“Señor Rector: Enrique Nercasseau y Morán, ante el Consejo de Instrucción Pública me presento y expongo: que deseo enseñar en la Facultad de Humanidades de nuestra Universidad un curso superior de literatura castellana, que comprenderá el estudio general de la retórica, el particular de la estética, y el análisis y comentario de las obras principales de nuestra literatura.

“No necesito encarecer a los señores miembros del Consejo la importancia y necesidad del estudio que me propongo fomentar en éste mi curso, seguro de que ellos serán de los primeros en reconocer la una y la otra, y por eso me limito, haciendo uso del derecho que me confieren la ley y reglamento del caso, y uniendo a esta petición algunos testimonios de suficiencia y aptitudes, a solicitar que se me admita a rendir las pruebas a que debo sujetarme para abrir en la Universidad de Chile el dicho curso superior de literatura castellana.—*E. Nercasseau y Morán*”.

Con fecha 4 de julio del mismo año reuníase una comisión compuesta por los señores Francisco Solano Asta-Buruaga, Abdón Cifuentes, Ramón Sotomayor Valdés, Gaspar Toro y José Roehner para fijar y recibir las pruebas a que debía someterse el concursante al cargo de profesor extraordinario de Literatura Superior, General y Española, y procedió a formar dos series de temas: la primera serviría para una composición escrita, y la segunda para una lección oral *. Cada serie constaba de seis temas independientes.

* Los temas señalados por la Comisión fueron los siguientes: Primera Serie: Tema 1º De la naturaleza y de las condiciones esenciales y accidentales de la epopeya; Tema 2º Del realismo en literatura y especialmente en la novela y en el drama; Tema 3º Del origen y de la formación de la lengua castellana, y de las últimas indagaciones sobre la materia; Tema 4º Carac-

Puestos dos días después los temas de la primera serie en conocimiento del postulante, resultó sorteado el que se denominaba: "De la naturaleza y de las condiciones esenciales y accidentales de la epopeya". Para desarrollar esta composición se le designó el término de dos horas y media. Con tal objeto, el concursante quedó establecido en una sala de la casa universitaria, bajo la vigilancia del prosecretario del Consejo de Instrucción Pública, quien, a la hora fijada, recibía la composición de Nercasseau y la depositaba en sobre cerrado y lacrado.

El 8 de julio sorteaba el concursante los temas de la segunda serie y tocábale en suerte el designado: "De lo bello en la naturaleza y en el arte".

He aquí lo que con igual fecha consignaba la Comisión examinadora en memorable acta:

"El mismo día ocho de julio, a las 3 hs. 30 ms. P. M., se reunieron en la casa universitaria los que suscriben, miembros de la referida comisión examinadora, y ante ellos hizo el señor Nercasseau y Morán, por espacio de media hora, su lección oral sobre el respectivo tema sorteado al efecto. En seguida, entró la Comisión a considerar esta prueba; y habiéndola calificado de suficiente, acordó aprobarla por unanimidad.

"Seguidamente se procedió a abrir el cierro lacrado que contenía la composición escrita y que fué entregado por el prosecretario del Consejo, conforme a lo anteriormente relacionado. Después de leer y examinar detenidamente dicha composición, la comisión acordó, también por unanimidad, prestarle su aprobación.

"Con esto, se dió por terminado el acto, acordándose comunicarlo todo al Consejo de Instrucción Pública. (Fdos.) F. S. Asta-Buruaga.—Gaspar Toro.—Abdón Cifuentes.—R. Sotomayor Valdés.—José Roehner".

teres del teatro de Calderón y del de Shakespeare, y de la influencia de uno y de otro en el romanticismo moderno; Tema 5º Sobre Don Quijote y su influencia en el desenvolvimiento de la novela española; Tema 6º De la narración y de la crítica en la historia: Herodoto y Tucídides. Segunda Serie: Tema 1º De las condiciones propias y esenciales de la literatura didáctica; Tema 2º De los caracteres individuales y distintivos del estilo; Tema 3º De la elocuencia española en nuestro siglo; Tema 4º De lo bello en la naturaleza y en el arte; Tema 5º Del coro en la tragedia antigua y de por qué no figura en el teatro moderno; Tema 6º Del romanticismo en la literatura alemana. (*Diario Oficial*, sesión del Consejo de Instrucción Pública del 9 de julio de 1888).

Consecuencia de tan irreprochables como lucidas oposiciones, que hacían famoso al joven catedrático, era el decreto que al siguiente día cursaba el Consejo de Instrucción Pública, en que disponía "se tuviese y reconociese por profesor extraordinario de Literatura Superior, General y Española, a don Enrique Nercasseau y Morán".

Cerremos la evocación de aquel ruidoso concurso, digno de los verificados en las aulas académicas del Viejo Mundo, transcribiendo algunos de los conceptos emitidos por el brillante catedrático en su primera lección efectuada el 11 de agosto de 1888, o sea, un mes y tres días después de sus memorables oposiciones, y que recogemos al azar de un diario de la época:

"No necesitamos encarecer la importancia del estudio que hoy inauguramos, y que queda ya establecido en esta Universidad y en el país, ante quienes, espontáneamente, sin promesa ni aliciente ni expectativa alguna, han concurrido a esta sala demostrando con su presencia que nunca se convoca en vano al estudio y al progreso cuando se habla con una juventud como la nuestra, laboriosa, entusiasta, y decidida a adueñarse, aunque sea a viva fuerza, del porvenir. La asistencia a este acto de simple inauguración comprueba y demuestra la importancia que en sí tienen estas altas especulaciones literarias, y el interés que les está vinculado en el sentir de cuantos se dedican a las obras de la inteligencia.

"Cúmpleme sólo darme la enhorabuena y darla a los que me escuchan; *yo, iluso de las letras; he vivido siempre apegado a ellas, siempre siéndoles fiel, aunque la correspondencia no haya sido en todos los casos como la adhesión*, y naturalmente, en tantos años de laborioso estudio, he podido acopiar algunos conocimientos y darme cuenta y explicación de muchas cosas; y siempre ha sido mi deseo más vehemente hacer aprovechar a los demás de mi aprendizaje, o inclinarlos a él, y hoy, que se me realiza con toda amplitud, me siento satisfecho y creo poder darme a mí mismo y con justicia el más cumplido parabién".

V

No sólo en las aulas universitarias resuena la docta y castiza dicción de Nercasseau y Morán. Penetrado de la trascenden-

cia de su misión educadora, no rehuye, como los tribunos de la antigua Roma, levantar su cátedra en las bulliciosas avenidas urbanas. Y trocando su reposado estilo de profesor en nerviosa arenga de sociólogo, al inaugurarse la estatua del Roto Chileno en la Plaza Yungay el 7 de octubre de 1888, pronuncia estas palabras con que no habría desdeñado ganar votos eleccionarios más de algún político en nuestros días:

“¡Ojalá, señores, que esta estatua, que inmortaliza al labriego convertido en soldado heroico, nos recuerde todos los días y a todas horas, a grandes y a pequeños, a las autoridades y a los simples ciudadanos, la obligación estricta que nos cabe de contribuir, en la medida de nuestras fuerzas, a mejorar la condición del pueblo! ¡Ojalá también que esta glorificación del servidor humilde, del héroe obscuro, sin nombre y sin familia, pero esforzado y grande, sea el principio de la era de justicia para con el pueblo, era en que se le reconozcan todos sus derechos ante la ley, en que se le trate como a elemento igual en la sociedad, y como hermano ante la conciencia y ante Dios!” *

Fecundo en actividades íntelectuales fué aquel año de 1888 para la recia figura que esbozamos. Ese mismo año había celebrado su primera sesión pública, en los salones del Banco Agrícola, el Ateneo de Santiago **. Ministros del cuerpo diplomático, senadores, diputados, escritores, lo más granado de la sociedad concurría, a las dos de la tarde de aquel día 15 de agosto, a ese torneo de la cultura y del ingenio. Abierta la sesión por el director de turno, don Luis Arrieta Cañas, ocupaba la tribuna Enrique Nercasseau y Morán, que en su carácter de secretario de la

* El texto completo de esta hermosa arenga cívica fué publicado en el diario *La Tribuna*, de Santiago, número de 8 de octubre de 1888.

** Las bases del primitivo Ateneo, que si bien funcionó contiguo al Club del Progreso, no debe confundirse con éste, fueron echadas el 6 de agosto de 1888 por las siguientes personalidades cuyos nombres damos por vía de curiosidad: Agustín Gana C., Enrique Nercasseau y M., José Pedro Alessandri, Roberto Dávila Baeza, Benjamín Dávila Larraín, Juan de Dios Vial, Alfredo Puelma Tupper, Tomás Ríos González, Carlos Ríos González, Carlos Toribio Robinet, E. Ballesteros, Luis Orrego Luco, Miguel Luis Amunátegui Reyes, M. Valenzuela, Luis Arrieta Cañas, Bruno Larraín, Ernesto A. Hübner, Cesáreo Carrera, Elías de la Cruz, José Miguel Besoain, Santiago F. Cruz, Teófilo Durán, Abraham del Río, José M. Frontaura, Aníbal Echeverría Reyes, Fidel Pinochet L., Emilio Sánchez Santa María, Conrado 2º Ríos, Belisario 2º Henríquez, Claudio Ar-

institución, cumplía honrosamente el encargo de pronunciar el discurso programa:

“A las puertas de esta institución —decía en tan solemne oportunidad— pueden llamar confiadamente los venidos de cualquier punto del horizonte, y a nadie se le preguntará ni quién es, ni qué Dios adora, ni en qué bando se halla afiliado: basta que desee cultivar las letras, que tenga el sentimiento y la pasión de lo bello, para que pueda pasar estos umbrales y se halle entre hermanos, correligionarios y colegas”.

Las palabras del joven catedrático, que envolvían una lección no sólo de tolerancia sino de fraternidad literaria, eran recibidas con una salva de aplausos.

Le sucedían en la tribuna tres ilustres desaparecidos: Roberto Huneus Gana, José Toribio Medina y Ricardo Montaner Bello.

Larga es la lista de los fundadores del Antiguo Ateneo, como lo llama en sus memorias don Samuel A. Lillo, para distinguirlo del que a fines del pasado siglo se gestara en las oficinas del célebre vespertino *La Tarde*. De ellos sobrevive tan sólo, en patricia longevidad, don Luis Arrieta Cañas, abogado y fino escritor, nacido en 1862, que ilustró con notables impresiones de arte las columnas de *La Época* y *La Revista del Progreso*.

Hace poco (1949) las letras chilenas vistieron luto por la pérdida de dos académicos, que también figuraron con brillo en los primeros días del Ateneo: don Miguel Luis Amunátegui Reyes, un año menor que el señor Arrieta Cañas, lexicólogo y hablante conocido más allá de nuestras fronteras, y don Luis Orrego Luco, el gran amigo de Rubén Darío y vigoroso novelista de *Casa Grande*.

teaga U., Luis Asta-Buruaga, Alfredo Yrarrázaval Z., Eduardo Lamas, Ricardo Reyes Solar, Gustavo A. Holley, Luis A. Navarrete, Cirilo Aldunate, Jorge Huneus Gana, Roberto Huneus Gana, Juan Nepomuceno Espejo, Emilio Rodríguez Cerda, Nicolás Montt, P. Durán, M. Oyarzún, F. R. Flores, Eleodoro Infante, Luis Bañados Espinoza, Emilio Petit, Manuel Puelma Tupper, Ricardo Montaner Bello, Luis Rojas Sotomayor, Oscar Torres, Enrique C. Latorre, Carlos Molina Valdés, Martín Saldías Ross, Santiago Edwards Sutil, Miguel Angel Garadeux, Carlos María Prieto y Rafael Villarroel.

El primer directorio del Ateneo lo formaron: Benjamín Dávila Larraín, Juan de D. Vial, Luis Arrieta Cañas, Gaspar Toro, Luis Barros Borgoño, José T. Medina, Juan N. Espejo, Jorge Huneus Gana, Bruno Larraín, Vicente Grez y Enrique Nercasseau y Morán.

Entre los jóvenes de aquel cenáculo sobresalió también un abogado y periodista que tuvo la feliz iniciativa de proponer a un grupo de ateneístas el establecimiento de un Centro Hispano-Americano en esta capital. Este era don Enrique Camilo Latorre, miembro correspondiente de la Academia de Jurisprudencia de Madrid.

Aquella iniciativa, destinada a reanudar los trizados eslabones de amistad con la Madre Patria, encontró en Nercasseau y Morán el más decidido colaborador.

Los primeros cruzados del hispanismo debieron, con todo, sostener ardua y perseverante lucha en nuestro medio hostil. Aún solía recordarse en las aulas y en los cuarteles esa fatal mañana del 31 de marzo de 1866, en que la escuadra española del Pacífico había descargado sus baterías sobre el indefenso puerto de Valparaíso.

Y aquí es interesante hacer un poco de historia. Ocupadas las Islas Chinchas por las fuerzas de Su Majestad Católica, Chile se apresuró a ocurrir en defensa de la integridad territorial del Perú y obtuvo la alianza de Bolivia y Ecuador. Cada vez más tensas las relaciones con España, vino el 17 de septiembre de 1865: el pueblo se entregaba a las tradicionales fiestas conmemorativas de la independencia nacional, cuando la escuadra del Almirante Pareja se presentaba en Valparaíso y exigía que en el término de cuatro días se saludara su insignia con 21 cañonazos.

Chile respondía a esta intimación declarando la guerra a España.

En agitada sesión de la Cámara de Diputados celebrada el 28 de septiembre de ese mismo año de 1865, el representante de Putaendo, honorable señor Francisco Vargas Fontecilla, presentaba un proyecto de ley en que pedía la confiscación de los bienes de cualquiera clase que los súbditos españoles poseyeran en el territorio de la República y disponía que todo súbdito hispano residente en Chile fuera inmediatamente internado y colocado a una distancia que no bajara de sesenta kilómetros de la costa . . .

Proyecto tan arbitrario era impugnado inmediatamente por figuras de gran prestigio como Ambrosio Montt, Joaquín Larraín Gandarillas, Melchor Concha y Toro, Aniceto Vergara Al-

bano y Antonio Varas, quien pronunciando una pieza jurídica con la vehemencia que le caracterizaba, hacía inclinar la opinión del hemiciclo para que se rechazara de plano la insólita moción del señor Vargas Fontecilla.

Sostuvo en tan memorable ocasión ese ilustre patricio:

“Se quieren hacer ciertas reservas para no cerrar la puerta a estas vías de hostilidades. ¡Dios mío! A los ciudadanos inocentes, que han venido a la República bajo la garantía de la Constitución, a los que les hemos dicho que sus propiedades serán respetadas y no les serán quitadas sin sentencia judicial, a los que ya han residido en Chile muchos años, vamos a decirles: ¡os quitamos estas propiedades! Este papel sería el de un ladrón de la propiedad ajena. Siento que esto se discuta entre nosotros. ¿Qué clase de ofensa es la que nos impulsa a tomar esta medida contra ciudadanos inocentes que no tienen más culpa que haber nacido en España?”

Terminaba su improvisación el diputado Varas expresando: “Lamento esta discusión, porque no todos los individuos de mi país reflexionan, porque hay muchos que se dejan llevar de los arranques del patriotismo. Este sentimiento, que nosotros refrenamos, la masa del pueblo no lo refrena, y cuando en la Cámara se dé la voz de persecución, se verá ir al pueblo a atacar las tiendas y negocios de los españoles. ¿Y cuál es la situación que creamos a la República? Así, señor, la causa noble que defendemos se manchará. Vale más que la República caiga con honra y dignidad, que no salga triunfante por medios indignos”.

El presidente de esa rama legislativa, por aquel entonces el notable orador don Manuel Antonio Tocornal, cerraba este emocionante debate exclamando con la altivez y la pureza propias de un Pericles: “Esos bienes son sagrados, están bajo nuestra fe, y si, derramados los tesoros de Chile y concluida su sangre, no hubiese recursos para continuar la lucha, que concluyan nuestras vidas y que sucumba la República antes de mancharse”.

La moción del diputado por Putaendo era rechazada por abrumadora mayoría.

Los inevitables rigores de aquella guerra, fraguada por algunos ambiciosos cortesanos de Isabel II, olvidábanlos generosamente hija y madre. Poco después, esta soberana sellaría la paz

con nuestro gobierno enviándole una lucida embajada, portadora de dos obsequios regios: el retrato de don Pedro de Valdivia y el suyo propio, salidos del pincel de un famoso artista de su augusta cámara.

Al servicio de los comunes ideales de acercamiento entre Chile y España fueron sucediéndose las reuniones preliminares de aquel grupo de ateneístas. Constituyóse una comisión provisional que envió a las personalidades más caracterizadas de la política y de las letras una circular explicativa de los fines propuestos por la sociedad en formación. Se realizó una activa propaganda de prensa, en la que tuvo relevante actuación el catedrático Nercasseau y Morán, quien hacía las siguientes declaraciones en carta pública de 21 de octubre de 1888, dirigida a su hispanófilo colega don Enrique C. Latorre:

“He trabajado constantemente por la depuración de nuestro idioma y su conformidad con el de la madre patria, porque pienso que el lenguaje encarna en sí cuanto hay de importante y grato para el individuo y la familia, y que es el lazo de mayor fuerza que pueda unir a dos o más pueblos, como que tiende a abatir las diferencias dialécticas que se oponen al provechoso comercio de las ideas entre naciones llamadas a unos mismos destinos. Acercarse los pueblos unos a otros, transmitirse sus pensamientos y adelantos, en suma, propender a la más estrecha unificación de la familia humana, es avanzar, y a grandes pasos, hacia el ideal de perfeccionamiento que los países como los hombres han de tener constantemente a la vista, si no quieren extraviarse en el dilatado sendero que los lleva a su fin.

“Por eso creo que acercarnos a España y unirnos más y más con ella es un altísimo progreso, y hasta un deber de quienes, como nosotros, si algo tenemos en lenguaje y en literatura, y si algunos fastos de honra apuntamos en nuestras páginas, es lo que nos ha legado la madre gloriosa de Cervantes y Núñez de Arce, y lo que nos ha enseñado con sus tradiciones aquel pueblo que cuenta con héroes como Guzmán y Palafox”.

Vencedora de tropiezos y prejuicios, instalábase al fin la Unión Ibero-Americana en los salones del Club Progreso.—Huérfanos 28, altos— el 29 de noviembre de 1888, con asistencia del Excmo. señor Enrique Valles, Ministro de España ante el Go-

bierno de la Moneda, y de las figuras más representativas de nuestra sociedad.

Elegíase presidente honorario de la nueva institución al jefe del Estado, Excmo. señor José Manuel Balmaceda, y miembros de su junta directiva a escritores y juristas de fuste: Zorobabel Rodríguez, Vicente Aguirre Vargas, Francisco Solano Asta-Buruaga, Máximo Rafael Lira, Antonio Espiñeira, Miguel Luis Amunátegui Reyes, Enrique Nercasseau y Morán, Enrique C. Latorre y Rafael Sanhueza Lizardi, cuyo *Viaje en España* (1886-1892, 2 vols.) siempre habrá de leerse con fervor y simpatía.

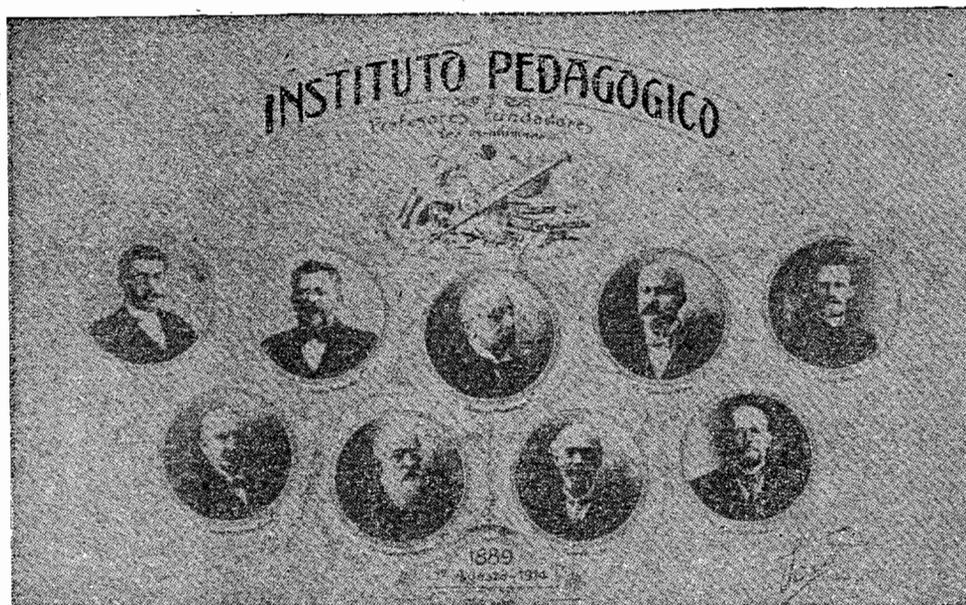
A tan esforzados luchadores y particularmente al profesor Nercasseau y Morán, que por esos días empezaba a regentar el primer curso superior de literatura española creado en una Universidad hispanoamericana —al estilo del que había profesado don Manuel de la Revilla en Madrid—, débense los frutos producidos por aquel movimiento de filial vinculación hacia la tierra de los Alfonsos. No rindió él, es cierto, beneficios económicos como los que hoy empiezan a obtenerse con la creación de la Cámara Agrícola y de Comercio Chile-España, sostenida por animosos hombres de empresa de ambas nacionalidades; pero, nos trajo aquel movimiento, al promover visitas ilustres, el oro en polvo del pensamiento, del derecho y del arte peninsulares.

Meses después de fundada la Unión Ibero-Americana, la carrera del activo profesor e hispanófilo habrá de culminar con un fausto acontecimiento para la cultura chilena: el 1º de agosto de 1889 abre sus puertas el Instituto Pedagógico, y Nercasseau y Morán comparte con los sabios alemanes Federico Hanssen, Hans Steffen, Federico Johow, Alberto Beutell, Reinhard von Lilienthal y el fecundo historiador Domingo Amunátegui Solar, no ha mucho desaparecido, la señalada honra de ser fundador de tan prestigioso establecimiento de enseñanza superior.

La casona de tres patios y un solo piso en que comenzó a funcionar miraba hacia la vieja Alameda de los tranvías de sangre y los austeros bancos de piedra, próxima a la calle Duarte, hoy llamada Lord Cochrane.

Eran los días en que Santiago escuchaba, al romántico nimbo de los fanales de gas, las retretas de música italiana y en

PROFESORES FUNDADORES



De derecha a izquierda: don Juan Steffen, don Enrique Schneider, don Domingo Amunátegui, don Federico Johow, don Alberto Beutell, don Enrique Nercausseau, don Federico Hanssen, don Rodolfo Lenz y don Augusto Tafelmacher.

que los espontáneos pregones populares restaban importancia, entre veras y bromas, al atildado vestir de damas y galanes.

Refiere el poeta Antonio Bórquez Solar en unas *Memorias* * salpimentadas de humorismo, que entre los alumnos que se matricularon en aquel establecimiento en 1889 —cuyos nombres pueden leerse en *El Ferrocarril* del 7 de agosto de ese año— figuraban varones ya crecidos, de barba más que madura y de sombrero de copa, con quienes hubo de echar su primer cuarto a espadas, en puntillos de disciplina, el joven catedrático Nercausseau y Morán **.

* *El Instituto Pedagógico*, artículo de Ricardo Latcham, reproducido en el *Boletín Informativo de la Universidad de Chile*, bimestre de julio-agosto, 1947.

** Con el título de *Instituto Pedagógico* publica una nómina de sus primeros alumnos, entre los cuales aparecen Benito Salgado Astorga, Pedro Lois Palacios, Enrique Molina Garmendía, Antonio Bórquez Solar, Fidel Pinochet Le Brun, Nolasco Mardones Figueroa, Joaquín Aguirre Luco, Julio Montebruno López, Luis A. Aguirre Cerda, etc.

Poco habría de durar el idílico transcurrir de la vida santiaguina, arrullado por alegres retretas y pregones; la juventud estudiantina inquietarse en breve.

Hombres, ideas y costumbres experimentan un profundo vuelco a raíz del conflicto surgido entre Balmaceda y la mayoría del Congreso en 1891, a propósito de la sucesión presidencial y los crecientes desbordes del parlamentarismo.

Desde que los hermanos Matte Pérez fundaran el diario *La Libertad Electoral*, el maestro Nercasseau había puesto su corazón y su pluma al servicio de los ideales de la oposición. Allí escribió el ilustre filólogo, convertido en ardoroso ciudadano, más de un agudo editorial, en que la corrección serena de su prosa no alcanzaba a restar bríos a sus nobles ansiedades de chileno, defensor de las conquistas democráticas.

Clausurada esta publicación el 7 de enero de 1891, el periodista-filólogo es detenido por los agentes de la autoridad y preso en la cárcel pública, en donde comparte con algunos caudillos de la revolución el agua y el pan de la persecución ideológica.

Alcaide del establecimiento, por ese entonces recién edificado, era un hombre de incorruptible carácter, mas no faltó de imaginación como el de que nos habla Oscar Wilde en sus recuerdos de la cárcel de Reading.

De ahí que, atraído por la charla del joven catedrático, en que las notas humorísticas alternaban con las históricas y las sentimentales, el integérrimo Alcaide, cuyo nombre era Zacarías, según confidencias del maestro, soliese ablandarse los días de entresemana. Y entonces producíase el estupendo milagro: el agua y el pan de la persecución ideológica ennobleciáanse con la tenue y líquida participación de la uva chilena, filtrada a través de los alguaciles, gracias al discreto disimulo del humanitario don Zacarías.

Triunfante la revolución, vuelve el filólogo Nercasseau a desempeñar sus actividades docentes.

Granados frutos de sus lecciones iniciales en el Instituto Pedagógico fueron los siete primeros profesores de castellano recibidos en 1892, algunos de los cuales alcanzaron espectable situación, ya en la política, ya en la enseñanza. Baste recordar al ex senador y presidente del Banco Central, don Enrique

Oyarzún; al diputado don Agustín Gómez García y a los señores Maximiliano Salas Marchant, Darío Cavada Contreras, Benito Salgado Soto, Abraham Valenzuela Torrealba y Fidel Pinochet Le Brun, autor de valiosas antologías de literatura española anteclassica, clásica y moderna, prologadas por el maestro.

Oportuno es asociar también a dos figuras eminentes que bebieron en el alma del catedrático docto la gracia del castizo decir y del pensar profundo: don Enrique Molina Garmendia, Rector de la Universidad de Concepción, cuyas obras de interpretación filosófica le han dado renombre en Hispanoamérica; y el malogrado poeta Antonio Bórquez Solar, a quien le sobreviven sus *Laudatorias Heroicas* y *Los siete sonetos en alabanza de Cervantes, hechos por el propio Don Quijote*.

Otra primicia de las investigaciones y experiencias de Nercasseau y Morán en el Instituto Pedagógico fué su *Antología Castellana Arcaica o sea Colección escogida de trozos en prosa y verso del Período Anteclassico del Idioma Castellano*, cuya primera edición apareció en 1893.

“En la imposibilidad de tener a la vista y reproducir literalmente los manuscritos de más autenticidad que se conservan en las bibliotecas y archivos españoles —apuntaba el autor en la *Noticia de este Libro*— y en medio de la carencia casi absoluta de impresiones paleográficas merecedoras de completa fe, ha habido que ceñirse a los poquísimos y mezquinos medios de que en Chile se puede disponer para una edición de esta clase, que, así y todo, es la primera que en la América del Sur se lleva a cabo con relativa conformidad a los códices a que estos trozos pertenecen”.

Fluye, clase tras clase, la chispeante verbosidad del maestro, siempre cuidadoso de la dicción y la claridad expositiva, siempre puntualísimo en cumplir sus deberes de catedrático.

Pero, con su venia, abandonemos las aulas del Instituto Pedagógico para olvidar unos momentos los afanes intelectuales dejándonos conducir por el alegre río del bullir callejero.

Corre el año de 1895. Pregónase por las calles *La Revista Cómica*, en cuyas páginas se dan las manos un poeta y un dibujante: Julio Vicuña Cifuentes y Luis Fernando Rojas. Este periódico dominical, sin el incisivo aguijón epigramático de un

Juan Rafael Allende, vendría a ser, entre otras publicaciones y en cierto modo, el satírico sucesor de *El Padre Cobos* *, *El Padre Padilla* ** y *Pedro Urdemales* ***. ¡Bellos tiempos aquéllos! ¡El número de *La Revista Cómica* valía apenas 10 centavos! En el correspondiente a la tercera semana de enero de 1897, hace precisamente 53 años, honrábase la portada con un retrato del maestro Nercasseau y Morán, a cuyo pie se leía esta redondilla:

*Literato de verdad,
su pluma diestra y galana
muestra el habla castellana
en toda su integridad.*

VI

Admirable era la versación de este catedrático: para él no tenían secretos las literaturas romances, y los primitivos monumentos literarios españoles le eran tan familiares como las últimas producciones de las letras hispanoamericanas. No sólo conocía en sus más íntimos detalles lingüísticos y filológicos el *Libro del Buen Amor* y *La Celestina*, sino que disertaba con la misma crítica desenvoltura sobre un drama de Tamayo y Baus o la fes-

* *“El Padre Cobos, Periódico Humorístico y de Caricaturas. Se publica el sábado de cada semana. Núm. I, mayo de 1875”.* El primer editorial, titulado *Prospecto*, muy humorístico: el Padre Cobos, franciscano, llega en espíritu a golpear la puerta del editor y le hace una visita en que le habla del otro mundo. Los primeros números hacen abierta oposición a la candidatura presidencial de don Benjamín Vicuña Mackenna.

** *El Padre Padilla. Periódico de Caricaturas. Se publica martes, jueves y sábado. Editor y Redactor, Juan R. Allende, ex Redactor de El Padre Cobos. Santiago, sábado 30 de agosto de 1884. Dice en su editorial: El Padre Padilla no necesita presentar programa a su público, puesto que el redactor es el mismo que el Padre Cobos... Su cordón se descargará sobre los culpables con la fuerza e inflexibilidad del que tiene la conciencia de que en los presentes tiempos es cuando Chile necesita más de escuchar la severa voz de la verdad...”* Esta publicación aparece adornada con caricaturas verdaderamente notables.

*** *“Pedro Urdemales. Periódico de caricaturas, independiente. Redactado por Juan Rafael Allende. Se publica miércoles y sábado, N° 1, Santiago, miércoles 22 de octubre de 1890”.* En este primer número hay unas saladas quintillas: *A los Ministros Cesantes*: “Hojas del árbol caídas —juguetes del viento son. Esas carteras queridas— son hojas ¡ay! desprendidas— de la pobre oposición”. En el número del 7 de marzo de 1891 aparece un severísimo *Retrato al pastel* en que se fustiga a don Luis Barros Borgoño. La revista defiende a brazo partido al Presidente Balmaceda.

tiva rudeza de la novela picaresca, sobre las creaciones típicas de Pereda o los caprichosos giros del Quijote. Todo ello en ese su lenguaje pulcro, flexible y elegante, que hizo exclamar a don Ramón Menéndez Pidal, sorprendido de escuchar una clase suya en el Instituto Pedagógico, allá por 1914, que desde su salida de España, no había tenido la satisfacción de oír un castellano más puro como el hablado por el insigne profesor chileno.

Si a tan envidiables dotes y a su privilegiada memoria, que retenía con suma facilidad los pasajes culminantes de las obras maestras, se unen sus prolijos conocimientos históricos y geográficos de la Península Ibérica, de sus usos y costumbres, de sus grandes caudillos y hasta de los santos nacidos al arrullo del Cantábrico, se convendrá que el filólogo santiaguino no habría necesitado ir a España como no fuese para descubrir un precioso códice en la Casa Lonja de Sevilla, para charlar con Menéndez y Pelayo o con el Conde de las Navas en la Carrera de San Jerónimo, cabe la librería de Fernando Fe, o para santiguarse con cristiana veneración ante la sepultura de don Miguel de Cervantes Saavedra en la iglesia de las Trinitarias de Madrid.

Esta sepultura trae a la mente otros despojos venerados no sólo para todos los chilenos, sino para todo el mundo hispano-parlante: los despojos del sabio Bello, que un día 23 de octubre de 1898 eran solemnemente trasladados al suntuoso mausoleo en que desde entonces descansan en el Cementerio General de nuestra Santiago del Nuevo Extremo.

En ese homenaje póstumo a los manes del maestro, presidido por el Ministro de Justicia e Instrucción Pública, don Carlos Palacios Zapata, no podía dejarse de oír la autorizada voz del catedrático Nercasseau y Morán, que en 1873 había dado a la estampa en Valparaíso un *Tratado Elemental de Gramática Castellana, según las doctrinas de don Andrés Bello*, y además de otro texto dedicado al curso medio, había impreso, en colaboración con el padre de los Sagrados Corazones, Tomás Robledo, el curso superior de la misma Gramática el año de la conflagración con el Perú y Bolivia.

Su elogio del sabio y del poeta, modelo de concisión y fuerza expresiva, parece vibrar aún en la callada ciudad de los cipreses y de las plegarias.

“Desde los días, luctuosos en extremo para la nobilísima y siempre infortunada España, en que Moratín y Quintana hicieron resonar, como herederos genuinos de los clásicos del siglo de oro, la pura lengua de León y de Cervantes con acentos de renovado y pulcro aticismo, no se habían sentido en parte alguna prosa y versos más robustos, de más clásico corte, de más exquisito sabor castellano que la prosa y el verso de este hijo ilustre de Caracas, que vino a nuestro país en las horas lentas de la formación y de los aleteos primeros hacia el progreso y la cultura, para enseñarnos, con autoridad no discutida, el modo correcto de hablar y de escribir, como más tarde, escogiendo con el tino del décimo Alfonso en el tesoro de las naciones más adelantadas, debía darnos también leyes inamovibles para regir nuestros actos de la vida civil.

“Nunca tampoco la musa que inspiró a Teócrito y a Virgilio había descendido sobre americano alguno hasta que la evocó, con hechicero poder, el cantor de Anauco *, de Clori y del Samán **. Sólo en nuestros días el consagrado Ipandro Acaico *** debía hacer correr por la tierra mejicana, con soplo iluminado y discreto, los idilios de los de Siracusa y del de Esmirna; mas cada vez mirando cuidadoso la huella de oro dejada tras de sus pies por el maestro de las dos Américas españolas”.

Digno mantenedor de las tradiciones del gran filólogo venezolano que fuera primer Rector de la Universidad de Chile, Enrique Nercasseau y Morán, apasionado intérprete de la Gramática de Bello, amaba la lengua y la raza como ideales eternos de cultura. Y fiel a ellos, tuvo desde sus años mozos, matizados con lógicos desvaríos, un culto parecido al que suele

* Romancillo de Bello, inspirado en la “verde y apacible ribera del Anauco” (págs. 1 y 2 de sus *Poesías*, tomo III de sus *Obras Completas*, edición de Santiago de Chile, 1883).

** Según el Diccionario de la Academia, árbol americano muy corpulento y robusto, parecido al cedro del Líbano. Lo canta Bello en romance octosilábico (págs. 28 y 29), tomo III, ya citado.

*** Se alude a Ignacio Montes de Oca y Obregón, entre los Arcades Ipandro Acaico, traductor de Bion de Esmirna, Mosco de Siracusa y otros poetas bucólicos griegos.

tributarse a la dama de los pensamientos, por *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

Su amor al Príncipe del Humorismo fué en él casi idolatría, porque supo darse sin reservas al análisis de la creación cervantesca. Junto a ella estuvo siempre en trance de hallazgos, ya fuese para descubrir gallardías de lenguaje, ya virtudes de estirpe castellana.

Ninguna voz más genuina que la suya para contribuir a celebrar el tercer centenario de la publicación de la primera parte del "Quixote", como él dijo, aludiendo a la ortografía tradicional de la edición príncipe. Tal fué el motivo sobre que disertó en la memorable velada del 6 de mayo de 1905 en la Universidad de Chile *. Fecha doblemente gloriosa, porque señala cuarenta y cinco años de conferencias surgidas a partir de entonces, en que desde un Altamira a un Ortega y Gasset, desde un Díez Canedo a un Dámaso Alonso, han dado brillo a su tribuna secular.

Pocas veces la Casa de Bello se ha visto más concurrida que en la ocasión recordada: plateas, tribunas y galerías desbordaban de intelectuales y juventud estudiosa. Los asientos de honor estaban ocupados por el Ministro de Instrucción Pública, don Javier Angel Figueroa; el Secretario General de la Universidad, doctor Luis Espejo Varas y los miembros del Consejo de Instrucción.

El conferenciante principió por describir en sus más significativos detalles la primera edición del Quijote, se refirió en seguida a otras ediciones importantes y al falso libro de Avellaneda y terminó haciendo un agudo análisis de la obra glosada.

Proyecciones luminosas, ilustrativas de la producción y hechos de Cervantes, fuéron vívido comentario de los distintos pasajes de la disertación, una de las más lucidas que se hayan escuchado en el paraninfo de nuestra Universidad.

Entretanto; en la muy heroica y excelentísima Villa de Madrid las interminables cuadras del hermoso Paseo de la Castellana eran soberbio escenario de una deslumbrante batalla de flores en celebración del mismo tercer centenario. Desde una

* No obstante las reiteradas búsquedas, no hemos podido obtener el texto de esta conferencia. No aparece ni en los diarios ni en las revistas de la época; tampoco, en los *Anales de la Universidad*.

severa tribuna erguida delante del Congreso, presenciaba la fiesta, en toda la bizarría de sus dieciocho años, Su Majestad Alfonso XIII, frente a la otra Majestad de la estatua de Cervantes. El Duque de Sotomayor depositaba, en el nombre del monarca, una corona al pie del monumento. Carrozas que representaban las bodas de Camacho, las aventuras del Clavileño y los molinos de viento contribuyeron a hacer más hondas las reminiscencias del insigne alcalaíno y de sus inmortales personajes. Y, cerrando estas festividades, en junta pública de la Real Academia Española de la Lengua, celebrada el 9 de mayo de ese año de 1905, don Alejandro Pidal y Mon leía, con solemne entonación, el discurso inconcluso sobre el Quijote, dejado como testamento literario por don Juan Valera, cuya luminosa mente extinguíase por aquellos días.

Esa batalla de flores y aquel discurso académico eran, a través de los mares y de la distancia, comunes vibraciones simpáticas de los homenajes que al Príncipe de los Ingenios se tributaban conjuntamente en toda la América Hispana.

VII

Removidas las asperezas que antaño mantuvieron alejada a esta República de la Madre Patria, la perseverante labor de la Unión Ibero-Americana volvía otra vez a unirla, en estrecho abrazo, con España.

Infatigable cultora de los ideales comunes, aquella institución lograba establecer, con la decidida colaboración de la colonia residente, la fiesta del Día de la Raza, en prenda de unión y solidaridad entre españoles y chilenos. Entusiasmada con esta iniciativa, la que fuera hasta 1810 nuestra metrópoli, resolvió recomendar la celebración de dicha fiesta a todas las naciones de origen hispano. La primera de ellas verificada en nuestro país, valió al Centro Ibero-Americano de Santiago, expresivas felicitaciones y la adhesión de la Junta Central de Madrid.

El año 1913 estas festividades llamaron notablemente la atención de los santiaguinos, pues además de la tradicional romería a la Quinta Normal, celebróse una impresionante corrida de toros. Más de cuatro mil personas llenaban la plaza, deseosas de presenciar el espectáculo.

Las barandillas de los palcos estaban tapizadas con mantos de Manila, y otras con capas de toreros.

La Villita, graciosa artista de la Compañía López Silva, de tránsito en Chile, iniciaba la ceremonia taurina; en un corcel de pura sangre árabe y escoltada por dos pajes, llegó a solicitar las llaves del toril a la Presidencia.

Instantes después, se abrió la puerta y, ante el júbilo de los asistentes, entraba el primer becerro al redondel . . .

Enjambres de aficionados bajaron con capas de colores a la liza e hicieron más de una impecable verónica, que el público premió con nutridos aplausos *.

A pesar de tantos desbordes de entusiasmo y de haber sido nuestro país el iniciador de la idea encaminada a instituir oficialmente como fiesta nacional el Día de la Raza, el proyecto de consagrar el 12 de octubre como día festivo sufrió lamentables tropiezos de orden parlamentario y sólo pudo ser ley de la República en 1921, bajo la administración del Excmo. señor Alessandri. Decisiva participación en ella le cupo al diputado por Osorno, don Alfredo Riesco y Riesco y al profesor cuya memoria rescatamos ahora del olvido.

VIII

Filólogo, hispanista y grande estudioso, en su ejemplar modestia exclamaba sin ambages Nercausseau y Morán: "Los que somos profesores, jamás podremos llamarnos enfáticamente maestros; los alumnos podrán llamarnos maestros; pero nosotros no somos, ni debemos ser más que estudiantes perpetuos de lo mismo que nos proponemos enseñar" **.

¡Bella lección que nunca debieran olvidar los hombres de letras y los mentores de la juventud!

Y como la modestia es la imperecedera corona de la sabiduría, reconóciáanse al cabo los méritos del pensador y del ha-

* Carta de don Antonio Montero, presidente de la Unión Ibero-Americana, Junta Local de Santiago de Chile, enviada al Excmo. señor Faustino Rodríguez San Pedro, Presidente de la Unión Ibero-Americana de Madrid, inserta en la *Unión Ibero-Americana*, N^o 9, del 30 de noviembre de 1913, de aquella Coronada Villa y Corte.

** *Cómo se ha rehecho y se rehace la historia de la literatura española* (Conferencia leída en el Salón de Honor de la Universidad de Chile el 14 de noviembre de 1914).

blista al elegirsele individuo de número de la Academia Chilena, correspondiente de la Española.

Este cenáculo, fundado en 1886, a raíz del tratado de paz y amistad suscrito con la Madre Patria en el año anterior, había llevado, desde sus comienzos, una existencia lánguida; pero en 1914, aunados los esfuerzos del sabio español don Ramón Menéndez Pidal, de paso en este país, con los de algunos literatos nacionales, la institución santiaguina volvió a campar por sus antiguos fueros, se reunió en solemne junta pública para recibir al eminente personero de la corporación madrileña y dióse con entusiasmo a trabajar en las tareas de conservación y embellecimiento del patrimonio lingüístico.

En el acto de su ingreso, aplaudido por la nueva y por la vieja generación literaria, Nercasseau y Morán leyó el 21 de noviembre de 1915 un notable discurso. Hecho el elogio de su antecesor Zorobabel Rodríguez, su ilustre compañero en el círculo de colaboradores de *La Estrella de Chile* y en *El Estandarte Católico*, discurrió con amena erudición sosteniendo que los diez "trancos" o capítulos del *Diablo Cojuelo*, de Vélez de Guevara, no importan una novela picaresca, sino tan sólo una "pintura de costumbres sociales en que se censura lo ridículo y se aplaude lo honesto; y al propio tiempo es descripción de personas y cosas, que varían la escena y diversifican con discreción el argumento de toda la obra".

Esta docta pieza, merecedora de expresivos elogios del filólogo Francisco Rodríguez Marín, fué, sin embargo, recibida con frialdad por su condiscípulo don Pedro N. Cruz *, juez literario en demasía exigente y que reprochó al orador el haber preferido disertar sobre literatura española en vez de inspirarse en un tema de preferencia nacional, olvidando que Nercasseau y Morán respiraba hispanismo por todos sus poros.

La carta en que el célebre autor de los *Cantos Populares Españoles* dió sus enhorabuenas a su colega chileno, se reprodujo en *La Nación* de Santiago el 25 de septiembre de 1918 y es del tenor siguiente:

* *Estudios de Literatura Chilena* (Editorial Nascimento), tomo III, págs. 57 a 68.

"Madrid, 23 de julio de 1918.—Señor don Enrique Ner-
casseau y Morán.—Santiago de Chile.—Muy distinguido señor
mío: Tengo el gusto de enviar a Ud., por el correo de hoy,
en paquete certificado, un ejemplar de mi edición anotada de
El Diablo Cojuelo, con otro para la Academia Chilena.

Señores Académicos,

Señalada honra es adquirir
derecho a sentarse entre vosotros, que habéis
vinculado vuestros nombres a la *Historia*
de la Nación en modo tal que los hombres de
más tarde se sentirán orgullosos de lla-
maros sus antepasados.

Circunstancia es ésta que ha-
bría hecho inexplicable el llamado espontá-
neo a vuestro seno, hecho a persona tan
desvalida de la fortuna y de las sociales
relaciones, si no viera que con ello habéis
querido galardonar en mí, para estímulo
de los demás, mi dilatada y perseverante
consecución a la enseñanza de la juventud.
Con elevado espíritu de justicia y de bene-
volencia a la vez, habéis contemplado
que, adolescente aún, abracé la penosa
carrera en que me halló hoy con la cabeza

2.
sublaugrecida; y, para honra de vosotros
mismos, habéis querido honrar al que ha
inspirado a numerosas generaciones
afición al estudio, amor a la fatiga, y
culto a la lengua y a la literatura cas-
tellanas.

Facsimile del discurso con que el maestro Nercausseau se incorporó
a la Academia Chilena de la Lengua en 1915.

“En cualquiera cosa pensaba yo más que en emprender este trabajo antes de leer el discurso académico de Ud.; pero, viendo que tampoco por esas tierras se había dejado entender la novelita de Vélez con el *segundo* comento de Bonilla, entré en ganas de probar fortuna: tal como el ver que no consiguen llegar a donde pretenden los que gatean por una cucaña arriba, suele poner codicia de gatear por ella a los que no habían pensado en pasar de meros espectadores.

“Veo que en Chile se cultiva mucho y muy bien la literatura, y de ello me alegro cordialmente. Y por lo que a Ud. toca, lo felicito por su tan merecido ingreso en la Academia Chilena, y tengo el gusto en ofrecirme por su atento amigo y compañero q. b. s. m.—*Francisco Rodríguez Marín*”.

Fatigada por intensas vigiliass, la pluma del maestro parece trizarse en las cláusulas finales de aquella oración académica. No es mero brote de sentimentalismo; ya el laborioso catedrático tiene más de sesenta años y esparce la mirada por el borroso panorama de sus lozanas mocedades. De ahí que declare con inevitable melancolía:

“Ni los años que pesan algo sobre mí, ni la nube de desventuras que ha oscurecido el cielo que miré arbolado en mi infancia y en mi juventud, han podido quebrantar mi vigorosa afición al trabajo intelectual; y por eso me hace sonreír la esperanza de que podré cooperar con los míos a los esfuerzos de la Academia, ya que el consuelo de las tristezas y el olvido de las ingratitudes, se encuentran sólo en la abstracción que trae consigo el consagrarse al estudio y a las lucubraciones científicas y literarias.

“Así puede mirar aún de frente, y no estrellarse siempre con sombras el obrero intelectual; y aún, si se quiere, abrigar algunos ideales de corta realización para el porvenir, ya que, si mira para atrás, no divisa sino el vasto cementerio de todas las ilusiones de la vida”.

IX

Ya hemos hablado del pensador y del erudito. ¿Qué agregar sobre el estilista, cuya noble y transparente prosa no necesitamos encarecer? Bastan las citas hechas para admirar la sobria

elegancia de su pluma, que siempre escoge la adjetivación propia y castiza, el giro garboso y de puro sabor clásico, y cuya virtud más preciada es la sentenciosa brevedad.

Recordemos ahora a Nercasseau íntimo, a través de algunas anécdotas en que el profesor, el purista y el fino hombre de mundo pugnaban por guardar un sereno equilibrio.

Amigo de sus amigos, gustaba complacerlos y serles útil en la esfera de sus conocimientos. No sólo la muchachada loca y despreocupada del Instituto Pedagógico le consultaba a diario, tomándose por asalto su rica biblioteca en que lucían no menos de dieciocho ediciones escogidas del *Quixote* y los gruesos infolios de la Colección Rivadeneira, que no siempre volvían a su resignado dueño. También políticos de fuste llamaban a su gabinete y salían, tras mágica consulta, triunfalmente armados caballeros de la oratoria . . .

La nobleza de sus sentimientos se transparentaba en la propia severidad de los exámenes universitarios.

Una tarde rendían las pruebas del bachillerato las alumnas del sexto año del Liceo N^o 3. Reemplazaba a cierto retrasado examinador un amigo de Nercasseau y Morán: el sacerdote don Juan Bautista González, profesor de gramática en el Instituto de Humanidades. Era una persona de rolliza corteza y, como tal, bonachona, que sabía gustar en torno a una bien aderezada cena, de la no menos abundante charla del filólogo y del amigo.

—Hágase cargo de esta señorita— dice don Enrique al profesor González.

La examinanda, algo nerviosa, empieza a escribir en la pizarra el trozo que aquél le dicta, e incurre en una colosal falta de ortografía: endilgarle una zeta a *parentesco*. Al cerciorarse de tamaño dislate, exclama don Juan Bautista, paternalmente:

—¡Lindura! ¿Cómo puede usted escribir con zeda o zeta esa palabra?

Nercasseau interrumpe con manifiesto desagrado al examinador. Y haciendo un aparte decoroso, aunque severo, le reprocha sin que la aludida se dé cuenta de ello:

—Usted ha cometido dos faltas imperdonables: una contra la estética, pues esta señorita está muy lejos de ser hermosa; y

la otra contra la lengua, pues el diccionario oficial no registra la voz *lindura*, sino *lindeza* *.

Comentar la flor de las anécdotas *nercassianas* ocurridas en los exámenes sería escribir un libro tan jugoso como la conversación del maestro, en cuya personalidad alternaban las clásicas reminiscencias con los rasgos pintorescos, la alegría de vivir con la sobria erudición.

Presentábase en otra oportunidad ante la comisión integrada por nuestro personaje, Lenz y Hanssen, un joven curicano a examinarse en las mismas pruebas del bachillerato. Con la turbación propia del forastero, da éste su nombre, requerido por don Enrique, y el de su autor predilecto: Cervantes. El examinador, después de hacerle disertar acerca del insigne manco, le dicta uno de los pasajes más difíciles del *Quijote* para probar los puntos que calzaba el muchacho en materia de ortografía. Como la demostración fuese irreprochable, Nercasseau colocaba una *d* al sorprendido curicano, agregándole con halagüeña frase: "¡Usted ha puntuado como lo habría hecho don Miguel!"

Y vaya la última variación sobre el mismo tema . . .

En el período más candente de los exámenes de gramática final una hermosa dama de nuestra sociedad deslizaba su tarjeta en la sala de recibo del Colegio de San Ignacio y preguntaba con familiar insistencia por el profesor Nercasseau.

Puesta la tarjeta en manos del catedrático, dábale prisa a satisfacer el llamado de su amiga.

—Enrique —le decía la bella intercesora—; tengo aquí un hijo que luego debe examinarlo usted. ¡Le ruego lo trate con benevolencia!

—Su hijo —le responde el fino hombre de mundo— será tratado como yo la trataría a usted: entre flores y encajes . . .

Y el mancebo salía maravillosamente de esta aventura, a pesar de no conocer ni siquiera de vista los enclíticos ni las proposiciones cuasirreflejas.

Ante la estupefacción de los demás examinadores y de los alumnos presentes, el Ingenioso Hidalgo don Enrique Nercas-

* La voz *lindura* está hoy incorporada al léxico oficial.

seau y Morán, fiel a la palabra dicha a esa dama, ponía *tres des* al asorochado joven, que apenas había respondido bien a una sola de las sencillas preguntas del examen.

Pero si en señalados casos las leyes de la amistad y de la galantería hacíanle mostrarse generoso, era inflexible en fustigar los yerros perpetrados contra el idioma. Rayó a tal extremo su severidad en esta materia, que en una donosa ocasión, convirtiendo el patio de su casa en campo de batalla, descargó el revólver a quemarropa sobre cierto *Diccionario de la Lengua Castellana compuesto por una Sociedad Literaria*, cuyos reiterados desatinos lo habían hecho reo de la pena máxima.

El anecdotario del purista, a menudo galante y epigramático, solía oscilar también entre lo candoroso y lo ridículo. ¡Era el choque del caballero andante de la Gramática contra las burlonas aspas de la realidad!

Cuéntase que, de visita en San Fernando, el puntilloso hablante entró a saludar al dueño de un conocido establecimiento para darle sus enhorabuenas más calurosas por haber colocado en el vistoso letrero la castiza denominación de "fonda", en vez de la galicada de "restaurant". En el colmo de su entusiasmo, el académico dijo al sorprendido dueño, tendiéndole cordialmente la diestra:

—¿A qué se debe, mi señor, el que usted haya empleado tan bien la palabra "fonda"?

—Es que por "fonda" pago treinta pesos de patente, y por "restaurant" me cobran doscientos— replicó el entrevistado, con prosaísmo semejante al del ventero en el *Quijote*.

En otra desventurada oportunidad iba Nercasseau y Morán de excursión hacia la costa. Estuvo a pique de volverse loco. Al salir de la estación tropiezan sus inquisidoras pupilas con un flamante cartel en que aparece la palabra *ostras* con una hache descomunal. Pregunta por el dueño del negocio y le insinúa corregir el desaguisado de la tal letra intrusa, ofreciendo pagar él mismo los gastos de pintura y maestro.

Resístese el interpelado, replicando con viveza:

—¡No se moleste, señor! ¡Yo las vendo con hache y sin hache!

Sólo una vez las fatales exigencias de la vida torcieron la espada de su justicia conminatoria en lo relativo a la pureza del lenguaje. Fué en una circunstancia de suyo premiosa para el catedrático. Nos la ha recordado don Almanzor Ureta Cienfuegos, su discípulo y amigo. Acompañó este caballero a Nercasseau y Morán a una institución bancaria para servirle como fiador en un documento de crédito. Antes de suscribirlo, quiso leerlo don Enrique, con tan mala suerte que, al dar con la frase: "*bajo* las siguientes condiciones", dejó caer al suelo el papelote, exclamando fuera de sí:

—Primero me cortan la mano antes que firmar ésto.

Y fué obra de romanos convencerle que suscribiera el documento. ¡Quería a toda costa corregirlo, reemplazando el afrancesado giro: "*bajo* las siguientes condiciones", por el más castellano: "*sobre* las siguientes condiciones"!

Perdonemos al hablista este pecadillo de amarga necesidad, en razón de la inflexible actitud que adoptara en solemne ocasión nada menos que con sus propios colegas de la Academia Chilena de la Lengua. Celebraba la docta corporación con un almuerzo íntimo la exaltación a la sede arzobispal de Su Excelencia, Doctor don Crescente Errázuriz, su dignísimo director. Aún no terminaban de paladear los comensales la primera vianda, aderezada por las prolijas manos de unas monjas vecinas a la Cañadilla, cuando nerviosamente se incorporaba de su asiento don Enrique Nercasseau y, con alterado continente, dirigíase al festejado en estos o parecidos términos: "¡Señor director, pido la palabra!" La sorpresa más inesperada se reflejó en todos los semblantes. Hubo de acceder a tan obstinada solicitud Monseñor Errázuriz, y los señores académicos oyeron, con acusadores sonrojos, esta admonición de labios de su compañero de labores lingüísticas: "Con respetuosa indignación protesto de que en un agasajo como éste, celebrado por la Academia Chilena de la Lengua en honor de un historiógrafo tan distinguido como nuestro sabio director, se haya escrito en la minuta que tengo entre manos, la voz corvina con *b* y no con *v*. No voy a inferir la ofensa a mis honorables colegas de recordarles que la palabra *corvina* viene de *corvus*, cuervo, por tener una parte de su carne de co-

lor negro como el ala del cuervo. ¡*Corbin* es voz francesa, señores!” *

Lo grave del caso era que la exquisita minuta había sido cuidadosamente impresa por una comisión de académicos . . .

Sin perjuicio de estos episodios arrogantes, propios del purista sin claudicaciones, animábase muchas veces la figura bondadosa del maestro irradiando sencillez y simpatía extraordinarias. El mismo solía referir con encantadora ingenuidad que estaba orgulloso de haber estrechado vínculos de afecto con un zapatero remendón, oriundo de Cataluña. No faltó quien se sorprendiera viendo a todo un académico compartir charla y vino en el Centro Catalán con este artífice de la suela. Pero el filólogo daba pronto la clave de tan amistosa condescendencia, exclamando: “¡Este hombre ha hecho zapatos a Mosén Jacinto Verdaguer!”

En su cátedra del Instituto Pedagógico deslumbraba Nercasseau y Morán con los juegos malabares de su vasta erudición, haciendo éstas o parecidas preguntas a las sonrojadas alumnas que solían llegar de provincia:

—¿Sabe usted, señorita, cuáles eran los cuatro agujeros del potro de Córdoba?

Ante la turbación de la interrogada, explicábase el maestro con elegante desenfado: ¡había aludido al barrio celeberrimo, foco de la picaresca, así llamado por tener una fuente de *cuatro caños*, en cuyo centro yérguese un potro de piedra!

No embargante su espíritu ingenioso y sencillo, la inauguración de su clase de Filología Castellana era solemne, año tras año. Al iniciar su primera lección, penetrado de la ética del verdadero humanista, apresurábase a decir a sus alumnos: “Caballeros y señoritas, les advierto que en esta clase se puede preguntar todo lo que, de cerca o de lejos, tenga relación con el ramo que estamos enseñando”.

Recatado y comedido paje del idioma, Nercasseau y Morán no *acusaba*, sino *avisaba* recibo de una carta; no andaba en

* Anécdota escuchada poco antes de su muerte, al académico don Miguel Luis Rocuant, aplaudido ensayista de *En la barca de Ulises* y autor de la novela *El crepúsculo de las catedrales*. Sus obras completas las publicará pronto su esposa, doña Olimpia Fernández Concha de Rocuant, en una lujosa y definitiva edición, con las correcciones dejadas entre sus papeles por el gran estilista desaparecido.

góndola sino en *jardinera*; cuando estaba cansado, subía al *tranvía* y no al *carro*; pundonoroso hasta la altivez, no aceptaba nada de *llapa*, rara vez de *adehala*; llamaba al *chófer*, *piloto* y al *garage*, *tinglado*; *rambla* y no *terraplén* al terreno que las corrientes de las aguas dejan cubierto de arena después de las avenidas; gustaba paladear *consumado*, nunca *consomé*; devorábase a los autores españoles leyendo *de seguida* sus obras, jamás *de seguido*; solía refrescarse de sus largas vigiliass bebiendo *chicha con luquete*, nunca *con naranja*; y experimentó, entre otras satisfacciones intelectuales, la de que la Real Academia Española le hiciera una gracia digna de sus fervores: la de registrar en su Diccionario, desde la 13ª edición de 1889, si la memoria no nos engaña, el vocablo *santiaguino* con la exclusiva acepción de "natural de Santiago de Chile".

Decir el "foyer del teatro" por el "pasillo" —exclamaba el incorregible hablista *—, "hemos tenido un largo *tête -a- tête*", por "hemos tenido una larga e íntima conversación", decir "vis-a-vis", por "frente a frente", son yerros que no tienen excusa alguna posible, son como los pecados contra el Espíritu Santo, que claman venganza al cielo, son, en fin, indicios de refinada ignorancia, de la más degradante estupidez.

¡Pobre del alumno que incurriera en algún desliz de concordancia o de léxico! Inmediatamente se hacía acreedor a un "mozo de cordel", a un "destripaterrones", a un "ninguna persona que usa zapatos puede expresarse así"!

De ahí el que una intencionada revista de la época, difundiese su tradicional silueta en una vigorosa caricatura, que a modo de métrico festón lucía estos versos:

*Si aun mantiene brillante su destello
la doctrina lingüística de Bello
que muchos hombres olvidando van,
es porque, firme y grave en la trinchera,
defendiéndola está
la figura emblemática y austera
de don Enrique Nercasseau y Morán.*

* *El Independiente, Palabras y Frases, 6*

Esta evocación de Nercasseau galante y del fiel enamorado de la hermosura del idioma, quedaría incompleta si no insinuáramos algo de su apasionada vida sentimental.

¿Quién era aquella encantadora Lidia, la de “cabellos blondos lindamente echados hacia atrás por un cintillo de terciopelo negro” *, que en los solaces veraniegos de El Perejil fué el ángel que le inspiraría los primeros poemas del alma, cuyos ecos vitales apenas lograron traducir sus tímidas estrofas de adolescente?

En la imposibilidad de establecer el auténtico nombre de esta agraciada doncella —encarnación tal vez de esa “Luscinda, la tierna”, que perdura en los idilios del Quijote— contentémonos con agregar, por ahora, que a tan maravillosa Lidia dedicó el autor, muy joven aún, sus *Recuerdos de Otra Edad*, aparecidos en la *Estrella de Chile* entre los años de 1876 y 1877.

En la búsqueda de papeles íntimos —tarea grata para el analista y auscultador de almas— hemos encontrado una carta escrita de puño y letra del maestro, dirigida desde San Bernardo a don Federico Chaigneau, con fecha de enero de 1914. En ella el ponderado filólogo da cálida rienda a sus afecciones de antaño, al así expresarse:

“Los diarios de ésa me han traído la triste noticia de la muerte de Flora, su cuñada de usted, y la amiga mía de los primeros días de mi vida. Cábeme en esta desgracia de su hogar una parte real y no pequeña, y por eso he querido desde luego escribirle . . .

“El recuerdo de aquella gentil persona, agraciada por Dios con los mejores dones de la belleza y de la bondad, me ha acompañado siempre a través de las vicisitudes de mi afanosa peregrinación; y, al saber que ha entrado a dormir el sueño de la muerte, he sentido que algo se estremecía en mí, con el dolor de una cruel separación.

“Quiera, pues, mi querido y viejo amigo, asociarme a la pena de los suyos, y créame que deploro que la circunstancia de hallarme en ésta me haya privado de rendir el último homenaje a Flora Morel”.

* Tomo XI, pág. 955, *La Estrella de Chile*.

¿Son Lidia y Flora una misma persona?

El rico arsenal del anecdotario afectivo del maestro nos inclina a rechazar esta conjetura.

Así parece desmentirlo un perfumado haz de cartas, de variada procedencia, en que abundan los matices del “amor catedrático”, desde las indecisas gamas grises hasta los vibrantes bermezones.

Una de esas cartas dice, sin quitarle una tilde, de esta expresiva manera:

“Querido profesor, sentí mucho no haber podido aceptar su invitación del domingo; porque, como ya se lo había dicho en la entrevista del viernes, ese día me iba a ser imposible salir. Espero que no se haya sentido por esto, y créame que un gran inconveniente me impidió tener ese día el placer de verlo...

“Voy a pedirle un favor que será una prueba de que no está enojado conmigo. Deseo tener “El valse de las rosas” y una pieza que se titula “Las niñas americanas”. Esta es para bailar el one-step. ¿Me las enviará?”

“Deseando goce bastante en Valparaíso, me despido con un cariñoso saludo.

“La alumna que sólo piensa en Ud. L. R.—Machalí, 9 de febrero de 1917”.

Otra corresponsal, acaso más profunda que la anterior, después de agradecerle las clases que el complaciente profesor “tuvo la bondad —y la paciencia— de hacerle”, le formula, entre otras promesas, la muy sincera de no contagiarse con “la enfermedad literaria del modernismo, que se parece a la *gripe* en que siendo tan antigua, le han puesto nombres nuevos”.

Pero no sigamos cogiendo estas cenizas, que aún esconden ascuas abrasadoras...

X

Primavera de 1916. En la casa de Bello perdura la inspirada visita de Altamira, Cavestany, Blasco Ibáñez, Valle Inclán, Menéndez Pidal y otros finos escritores peninsulares que en los primeros cinco lustros de este siglo honraron la tribuna de su Salón de Honor.

El 24 de septiembre de ese año la Academia Chilena, correspondiente de la Real Española, celebraba junta extraordinaria, en el salón mayor de la Biblioteca Nacional, y a ella invitó al poeta Eduardo Marquina, que visitaba entonces nuestro país.

Encargó la corporación a uno de sus miembros de número, don Enrique Nercasseau y Morán, que diera la bienvenida al ilustre dramaturgo; el señor Nercasseau cumplió su cometido en un discurso brevísimo, como casi todos los suyos, de apenas 406 palabras —delicado trozo antológico de las letras hispanoamericanas— y que reproducimos aquí para que se admire, por quienes no lo conocen, su vigorosa concisión y alteza de conceptos:

“En nombre de la Academia Chilena, correspondiente de la Real Española, os saludo, señor Marquina, y os aseguro que sois el bienvenido en éste su hogar provisional.

“No habéis pisado en la tierra de Chile una tierra extranjera: nosotros, los nacidos al pie de los Andes, como los hijos del Pirineo o del Guadarrama, pertenecemos a una sola y misma raza, heredera ésta de la gran raza latina, raza conquistadora y civilizadora, que hizo latino y civilizado al mundo entero.

“Vuestra persona trae en sí misma, para la Academia y para la sociabilidad chilena, la más espléndida carta de recomendación: vuestro nombre nos es querido y familiar hace ya algunos años; los viejos y los jóvenes sabemos de memoria vuestros versos; cuando apenas habéis pasado del mediodía de la vida, tenéis hecha la conquista de esa tierra de promisión que se llama la Gloria

“Habéis llegado a nosotros junto con la Primavera; los rosales han florecido dos veces este año para vos, como homenaje rendido a vuestro peregrino ingenio y voluntad gentil, que ha querido visitarnos y dejarnos aquí su regia y poética salutación.

“Vuestro numen no ha conocido limitaciones ni en el verso ni en la prosa, y ha revolado, como las abejas de Hebrón, por todas las flores del literario vergel. Vuestra ha sido la égloga, como lo fué del poeta latino que tuvo el don de las lágrimas; vuestras han sido las elegías, donde habéis dejado caer el bál-

samo del más exquisito sentimiento, habéis compuesto romances como los trovadores medioevales que cantaron al hijo de Ximena y al héroe de Vivar, y habéis remontado, a modo de águila caudal, a las nubes arreboladas en que se ciernen la oda y la canción.

“Habéis dominado la escena, y presentado en ella, redi-vivo, el ser español de los pasados tiempos. Desde las hijas del Cid hasta la santa de Avila, hecha Alcaidesa de Pastrana; y desde doña María la Brava hasta Benvenuto Cellini, todas esas magnas figuras tradicionales, han adquirido nueva y pujante vida en las tablas del teatro, merced al prodigioso esfuerzo de vuestro genio creador.

“Corta es la visita que nos hacéis; así pasa una sonrisa por el rostro; pero, el recuerdo que nos dejéis, será perdurable. Esta Academia Chilena, correspondiente de la Real Española, considerará como uno de los días venturosos de su naciente vida éste de hoy, en que la honra con su presencia el gran poeta don Eduardo Marquina”.

Cuando el maestro Nercasseau y Morán leía prosa tan honda como elegante, resonaba aún en el parlamento la severa y sólida elocuencia de Enrique Mac-Iver, Eliodoro Yáñez, Anselmo Blanlot Holley y Ricardo Cox Méndez. Y junto con el feliz ingenio al que consagramos estas líneas, enorgullecíase el cenáculo de nuestros 18 inmortales con un Juan Agustín Barriga, un Manuel A. Román, un Crescente Errázuriz y un Julio Vicuña Cifuentes, hablistas en toda la extensión del vocablo, que hermanaban los conocimientos filológicos y estéticos a los históricos y cultivaban con discreta galanura las formas académicas.

¡Lo que va de ayer a hoy!

¡Cuán desaliñados suelen ser en nuestros días el estilo y el lenguaje de las oraciones y escritos oficiales!

Basta comparar el ático discurso del maestro, reproducido más arriba, con los que, por lo general, se pronuncian e imprimen ahora, para convencerse, una vez más, como ya lo advir-

tiera Fray Raimundo Morales *, de nuestra notoria decadencia en el arte de escribir.

XI

El amor a la lengua de Castilla fué en Nercasseau y Morán tan grande como su encendido celo por la enseñanza de la juventud, que, desde Arica a Magallanes, sigue recibiendo en la voz de los que fueron sus alumnos, la madura semilla de sus doctrinas.

Silenciado para siempre su verbo, aún perdura como viva cátedra de bien decir y de elegante brevedad, otra de las oraciones del filólogo: aquella en que recibió a don Miguel Luis Amunátegui Reyes —que hasta 1949 fué sabio director de la Academia Chilena—, con motivo de su ingreso en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile.

Esta magnífica pieza literaria, digna de aquel “lucidus ordo” que recomendaba Horacio, es preciado testimonio de los sentimientos del autor, que en aquella solemne junta académica da término a su brillante carrera de orador entonando un verdadero canto a la lengua castellana.

“Deber de hidalguía es para nosotros los iberoamericanos —dijo en esa ocasión— velar por la pureza y conservación del idioma de Cervantes. Al revés de la génesis penosa y dilatada que tuvieron que sobrellevar Francia, Italia y España para constituir sus respectivos romances, nosotros recibimos el lenguaje hecho, el lenguaje mayor de edad, junto con la ínclita y consoladora religión de los conquistadores. Como herencia intangible, como guarda sus regaladas joyas la prometida, estamos obligados a guardar esa lengua castellana, la más abundante, la más rumbosa, y la más expresiva de cuantas se hablan bajo el sol”.

Y si este rendido afecto al idioma y a las tradiciones de la raza no estuviese aún reflejado con soberana elocuencia en la oración que citañes, recordemos la sonada polémica que sostuvo con Omer Emeth en las columnas de *El Mercurio*, en plena confla-

* *Decadencia del arte de escribir*, discurso de entrada en la Academia Chilena (14 de julio de 1924), inserto en el volumen “Cosas y Cosillas”, Imprenta y Librería Cisneros, Santiago, 1925.

gración mundial de 1914. Perdida su habitual ponderación de indiscutido juez literario, el agudo crítico de aquel rotativo, dejándose llevar acaso por su pura sangre francesa, zahirió los sentimientos de España en un artículo en que culpaba a su gobierno de violar las leyes de la neutralidad, al permitir aprovisionarse en las costas del Cantábrico a los buques alemanes. Terminaba sus graves aseveraciones el articulista deslizado conceptos un poco ingratos para la obra colonizadora de la Madre Patria en América.

Inmediatamente saltaba a la arena Nercasseau y Morán y defendía con su recia tizona, dando aquí y allá certeros golpes de erudición, la honra de la tierra de Ércilla y de Diego de Almagro. Enhiesto el escudo de sus ideales hispanistas, desvanecía en su réplica la tenebrosa leyenda de los fieros conquistadores y finalizaba su alegato con la cita de los conocidos versos de Quintana:

*Su atroz codicia, su inclemente saña,
crimen fueron del tiempo, y no de España.*

Tibio aún este duelo periodístico, la colonia residente festejaba al noble defensor de sus glorias nacionales. En su discurso de agradecimiento exclamaba Nercasseau y Morán: "Entre vosotros y *mi*, hay un afecto tan hondo que sólo la muerte podrá borrar".

El adversario de la víspera lanzaba otra vez sus fuegos contra el imperturbable gramático, pretendiendo demostrarle que debió decir: "Entre vosotros y *yo*".

Mas, si Omer Emeth era hombre docto y a sus dotes de polígrafo unía las de una vastísima ilustración, si francés de origen, tenía el mérito de haber encauzado a nuestros jóvenes escritores por los desconocidos derroteros de lo autóctono, el maestro Nercasseau y Morán era todo un hablista y en el manejo de los clásicos de la lengua carecía, entre nosotros, de competidor.

¡Pronto salía airoso de esta controversia!

Uno de sus magistrales argumentos fué la cita en que, otorgando su testamento, dice melancólicamente don Quijote al sumiso escribano, entre el llanto de la sobrina y de Sancho enter-

recido: "Item es mi voluntad que de ciertos dineros que Sancho Panza, á quien en mi locura hice mi escudero tiene, que por que ha habido entré él y mi ciertas cuentas, y dares y tomares, quiero que no se le haga cargo de ellos ni se le pida cuenta alguna" (*Don Quijote*, II parte, Cap. LXXIV) *.

XII

Encuéntrase anciano el profesor, y fatigado de sus labores en el magisterio. Ha servido en ellas, sin interrupción, más de cuatro décadas. Alcanza a ser designado director interino del Instituto Pedagógico. Pero, colmado de méritos, los bríos le menguan.

Se acoge a un merecido descanso al iniciarse la jornada escolar de 1924.

Sobre las sienes del orador y del cervantista la escarcha del invierno ha caído ya. ¡No importa! Para sus amigos y para los que sueñan —como de él escribiera por ese entonces Francisco Zapata Lillo, uno de sus discípulos amados— don Enrique Nercasseau y Morán representa con su erudición a esos viejos maestros, cuya palabra es de oro. Y en cuanto a su fino talento —continúa el citado apologista— a "son esprit", si Voltaire hubiera vivido con nosotros habría dicho de él: "Hace cuarenta años que "l'esprit" de Nercasseau y Morán tiene veinticuatro años".

Para diluir la nostalgia de sus clases, distribuye los ocios entre sus viejas aficiones a la lectura y unos cuantos amigos españoles y chilenos. Ha desaparecido su joven Mecenaz, el malogrado político Alfredo Riesco y Riesco. En su compañía y la de Enrique Blanchard-Chessi, fundador del semanario *El Peneca* y ardoroso hispanófilo, solían jugar en otros tiempos al cubilete y apurar jerez de hidalga estirpe, ya en La Playa o en La Bahía, ya en el Restaurante 8 de Septiembre, así bautizado en recuerdo del día en que su dueño había aspirado los embriagadores azahares nupciales. Este nombre se trocó después, por unánime decreto de los contertulios, en Restaurante de los Tres Enriques, pues a los dos Enriques ya mencionados hubo de agregarse el

* Ya en *La Celestina*, anterior al *Quijote*, aparece empleada la misma clásica construcción: "...la amistad, que entre ti y mi se afirma, no ha menester preámbulos, corolarios, ni aparejos para ganar voluntad". (Acto I, pág. 35, edición de Garnier, París). *Ibidem*, pág. 76, acto II).

escritor y bibliófilo Enrique Matta Vial, quien solía concurrir a esta peña para remojar su gracejo en la tónica transparencia de la manzanilla o del tinto malagueño, que así teñía la copa como aclaraba la mente.

Poco antes de desaparecer el último de los Enriques de aquella tertulia inolvidable, alcanzamos a oír de labios de Blanchard-Chessi —que con el seudónimo de “Cabo Moya” publicara festivas tradiciones en el *Corre-Vuela*— la crónica fidedigna y regocijada de aquellas reuniones, cuyas entretenidas pláticas y sabrosas incidencias darían argumento para más de una chispeante disertación sobre *Las peñas en Santiago de Chile*. En esas reuniones solía participar también don Antonio Montero, presidente de la Unión Ibero-Americana y dueño de una pastelería que aún sobrevive en la Alameda Bernardo O’Higgins, contigua a Dieciocho. ¡Purificadora meta en que atenuaban los rigores del líquido rubí y de las tonificantes guías del “Tres Cepas” aquellos cofrades sin pena y sin otras ambiciones que las de infundir un amable y pintoresco humanismo a las páginas de su diario vivir!

Es fama que en una de aquellas tertulias en el Restaurante de los Tres Enriques, Blanchard-Chessi, aficionado a las ediciones raras, sorprendió al maestro con el precioso hallazgo de un ejemplar de su *Tratado Elemental de Versificación Castellana* *, premiado en el Certamen Varela de 1887; obra en que se aúnan a la sentenciosa brevedad, tan característica de Nercasseau, amenas observaciones y sabias experiencias sobre el arte del verso, todo ello en la sorprendente miniatura de tan sólo 24 páginas de pequeño formato.

Testigo de la escena el españolísimo dueño del establecimiento, refiere que el ejemplar objeto de tal hallazgo fué celebrado con grande algazara y sabroso cortejo de manjares. No es de extrañar, entonces, que el filólogo, admirador también de la literatura francesa, e imaginándose huésped de la Hostería de los Poetas, tal otro Cyrano de Bergerac, recordara, mientras saboreaba un tierno muslo de ave soltera, las ingeniosas frases del pastelero Ragueneau, tan docto en la ciencia culinaria como en el arte de las rimas:

* Santiago de Chile, Imprenta Cervantes, 1889.

*“Hijo mío;
en el asador ensarta,
combinándolos con tino,
desde el humilde pichón
hasta el pavo solemnisimo,
y altérnalos como el viejo
Malherbe los versos chicos
con los grandes alternaba,
y, en acompasado ritmo,
esas estrofas de asado
dore la llama al unísono”.*

Allí, en el Restaurante de los Tres Enriques, como también en el Círculo Español, instalado por esa fecha en la calle de las Agustinas, que aún ostentaba algunos edificios de rancio abolengo, solía el Ingenioso Hidalgo don Enrique Nercasseau y Morán hacer amenísimo condumio con las tres características que él exigía religiosamente: la sota, el caballo y el rey. Nada de aristocráticos timbales rellenos ni tampoco insinuantes empanadas de horno. Simbolizaba la sota la tradicional cazuela de ave con un sí es, no es, de ají algo pintón; el caballo era una presa de pescado con ensalada, y componía el rey un buen tasajo de filete y un vino selecto.

XIII

¡Fugaces pasatiempos los del amigo y del escritor! Acaricia proyectos literarios que el destino le impedirá realizar.

Sobreviene el 5 de septiembre de 1924. Las espadas de la juventud militar invaden el austero palacio del Congreso y exigen la aprobación de las leyes sociales rezagadas por las maniobras de la mayoría parlamentaria, adversa al jefe del Estado. El severo constitucionalista y el patriota que hay en Nercasseau y Morán sufren nerviosa crisis con tales acontecimientos. Las leyes sociales quedan promulgadas. Mas, el caudillaje acecha tras de las encendidas proclamas y los bizarros uniformes. El Presidente Alessandri resigna el mando, y surge una junta de gobierno.

A las dolencias morales se agregan los quebrantos físicos. El anciano profesor padece los rigores de un tumorcillo, formado a consecuencia de una herida que en 1905 sufriera en la región frontal izquierda, y a la que nunca atribuyó importancia. El facultativo Osvaldo Díaz Velasco, que lo atiende solícitamente, comprueba el fatal avance de la enfermedad.

Sumiso ante sus dolores, el erudito piensa en Dios y en España. Afuera, corren las alegres brisas de octubre.

Celébrase la Fiesta de la Raza.

Mientras el enfermo se queja en el cansado lecho, allá, en las espaciosas avenidas de la Quinta Normal, bajo el radiante sol de la primavera santiaguina, mujeres de negros ojos sevillanos deslumbran con sus mantones de Manila, sonriendo desde sus carruajes adornados con las guirnaldas de su juventud y de sus canciones.

Se dijera que las rosas de ese día empiezan a marchitarse con fúnebres presentimientos.

Transcurre una semana.

Es preciso calmar los dolores del paciente. La urbe universitaria está conmovida y como en suspenso ante sus postreros latidos. Y envuelto en el sueño piadoso, aquel cerebro que era todo luz y clarividencia, se disuelve, por fin, en las sombras sin término la madrugada del 19 de octubre de 1925*.

XIV

No tuvimos la suerte de ser discípulos suyos; pero hasta el rincón de provincia en que nos educábamos, llegaron los ecos de su sabiduría, de su ingénita bondad y de su amor a España. Conducidos por la voz agradecida de algunos que fueron sus alumnos, pudimos asomarnos a la distancia, en nuestros primeros sueños adolescentes, a la magnífica tarde de su espíritu, así como él, maestro de maestros, había sabido penetrar en el espíritu de la lengua y la literatura castellanas.

Tan docto como modesto, nunca halagó los oídos de los cortesanos en demanda de comisiones oficiales al viejo conti-

* La casa en que murió el maestro, situada en Avenida España, número 481, al llegar a la calle Gorbea, consérvase aún absolutamente igual.